CUADERNOS
DE LA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL

28

QUINTO CURSO

(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de

Abril, 1951 EDITORIAL LEX 20 cts.

LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m.

por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III — Abril 18 de 1951 — No. 28

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Solicitada la franquicia postal e inscripción como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

"LIBRERIA MINERVA"

VALENTIN GARCIA Y CIA.

Obispo esq. a Bernaza

Teléfono M-7548

♦

OBRAS DE RECIENTE PUBLICACION

Burham. La Inevitable Derrota del Comunismo . .	$ 2.80
Canals Frau. Prehistoria de América	10.00
Einstein. La Relatividad	3.00
Garrigou-Lagrange. Dios, la existencia de Dios	5.60
Gheorghiu. La Hora Veinticinco	2.80
Ludwig. Galería de retratos	2.80
Patee. El Catolicismo en los Estados Unidos	2.45
Pittaluga. Sangre y Sexo	6.00
Papini. Cartas del Papa Celestino VI a los hombres	2.45
Renouvier. Historia y Solución de los Problemas Metafísicos	5.00
Selección y Recuerdos de la Revista de Occidente. 2 v.	6.65
Skorzeny. Misiones secretas	2.80

Novedades de Libreria

Le Ofrecemos:

Croce, B.—Historia de Europa en el Siglo XIX. 1 Vol. $ 3.20
Curry, Dr. M.—Las llaves de la Vida. La atracción entre las personas. 1 Vol. Enc. 10.00
Tallarico, G.—La salud por la alimentación. 1 Vol. Enc. 3.50
Castro, J. de.—Geografía del Hombre. Estudio original y científico. 1 Vol. Enc. 3.00
Chassang, A.—Historia de la Novela y de sus relaciones con la historia en la antigüedad griega y latina. Ed. Ilustrada. 1. Vol. Enc. 6.00
Meersch, M. van der.—Cuerpos y Almas. Novela de gran éxito. 1 Vol. Enc. 4.00
Tolstoy, L.—¿Qué es el Arte? 1 Vol. 2.40

Gran surtido en Novedades todos los correos.—Especialidad en libros de cultura general.—Envíos al interior.

◆

LIBRERIA ECONOMICA

Publicaciones Contemporáneas

Librería, Papelería y Efectos de Escritorio.

O'REILLY 505-507 Apartado 113 TELEF. A-6467

Fernando Portuondo

XXII

Explotadores y Aventureros

NO es una novedad ya afirmar que la Edad Media no fué, al menos en absoluto, una Edad de Tinieblas. Acaso la corriente general sea en nuestro tiempo concederle, por el contrario, un sentido dinámico que mucho se aparta de la vieja concepción de un mundo estacionario nada menos que durante todo un milenio.

La oscuridad parece haber estado en los datos y en la interpretación de las generaciones subsiguientes que, enamoradas de otras formas de cultura, reaccionaron despectivamente respecto al pasado inmediato. Es un fenómeno que podemos palparlo en nuestros días.

Innegablemente, los primeros tiempos de la Edad Media fueron caóticos, lo que en el simbolismo universal de los colores equivale a decir oscuros. La reconstrucción interna del mundo occidental requirió siglos, tras la caída de Roma. Pero al promediar la Edad Media se opera una transformación que va acentuándose progresivamente hasta desembocar en el Renacimiento, al cual sirve de anticipo y preparación. El nombre de Baja Edad Media, aplicado a esta época, llama a confusión.

Muy anteriores al Renacimiento son las manifestaciones literarias de la evolución cultural que denuncian también los acontecimientos, aparentemente ocasionales, que constituyen el tema de esta disertación. Si en el **Roman de la Rose** de principios XIII,

la alegoría vela aún el pudor del tema mundano, los **Cuentos de Canterbury** y el **Decamerón**, que aparecen en la misma centuria, presentan una variedad de tipos y situaciones tan humanos que contrastan vivamente con la aridez de la producción literaria de Alta Edad Media. Asoma la juventud del mundo en el verso en que Berceo solicita como premio "un vaso de bon vino". No tardará en aparecer el regocijado Arcipreste para contarnos la picaresca historia de Doña Endrina y Don Melón. Para Bühler el fenómeno se origina de la penetración del hombre laico en la vida cultural. Esto es un ángulo, pero sólo un ángulo de la cuestión.

La sociedad medieval se había enquistado en rígida organización clasista. Mientras en las campiñas la pirámide feudal erigía sus señoríos, en las ciudades el régimen gremial hacía tan difícil la independencia individual que se dice que Dante tuvo que hacerse inscribir fraudulentamente en la corporación de los boticarios para poder residir en Florencia. Si frailes y poetas lograban la evasión de aquel estado merced al donaire espiritual y la fantasía, el hombre común, desposeído de tierra o de artesanía, es decir, marginado de la sociedad, habría de labrarse un lugar bajo el sol en otras partes del mundo. El gran movimiento de las cruzadas no reconoce únicamente móviles religiosos. Ni obedeció sólo a la deliberación de las clases dominantes.

Las cruzadas (1095-1270) dejaron abiertos a los hombres de Occidentes canales por los cuales habían de circular ampliamente el interés y la fantasía, con la avidez de romper la tradicional monotonía en que hasta entonces habían estado condenados a vivir. La curiosidad, que no es privativa de clase alguna, prendió lo mismo en prelados que en nobles, burgueses y gentes vulgares. La formación de una acaudalada burguesía y la expansión del comercio fueron fenómenos concomitantes. Las cruzadas introdujeron en Occidente las muelles costumbres orientales: las tapicerías borraron la adustez interior de los castillos; el terciopelo de Alejandría, la muselina de Mosul, el vino de Chipre, los espejos de Bizancio, las sedas y los perfumes de Arabia, la sazón de especies antes desconocidas en Europa, la delicia de los baños turcos y otras mil cosas, cambiaron los gustos del europeo y, desde luego, avivaron su curiosidad y su codicia. Hallar los mercados o las fuentes

de tan valiosos productos, disfrutarlos o enriquecerse poniéndolos en manos de las clases pudientes, fué el impulso decisivo de los desarraigados que han de realizar la parte fundamental en la ampliación del ecumene que ha de ocurrir entonces. Tal fué la circunstancia que movió hacia el Oriente a los Polo y, antes y después de ellos, a legión de oscuros aventureros. Es inmensurable el servicio que ellos habían de prestar a las empresas metódicas y colectivas de tiempos posteriores.

Sin embargo, es preciso reconocer, por asombroso que parezca, que antes de las cruzadas y del afán general por apoderarse de las riquezas del Oriente y del Oriente mismo, la aventura de los europeos del Medioevo tuvo como escenario la inmensidad del Atlántico. Las tradiciones más antiguas al respecto hablan de un San Brandán que en el siglo VI salió de Irlanda con varios compañeros en busca de unas islas maravillosas y al cabo topó con una de clima paradisíaco, donde pasó muchos años antes de regresar a Europa. El hecho es que los cartógrafos medievales se complacieron en adornar la soledad del vasto mar que cierra al continente europeo por el Oeste, con la isla de San Brandán, unas veces situada en la latitud de Irlanda, otras a la altura de las Canarias. ¿Qué impulso pudo hacer realidad la aventura del santo? Se ignora, pero la leyenda que rodea su nombre fué una de las más persistentes y populares de la Baja Edad Media. Como que recogía un anhelo general de evasión.

Más reales sin duda son los relatos conservados por las sagas escandinavas de las exploraciones practicadas por los vikingos, en una sucesión de saltos audaces a través del Atlántico, hasta parar en tierras de la América del Norte. Aquellos piratas que desde mediados del siglo VIII hasta fines del XI vivieron del saqueo de las costas de Inglaterra, Escocia e Irlanda y que fueron apoderándose de territorios de los francos, antes de hacerse sedentarios trataron también de merodear y curiosear en países del Poniente. Así llegaron a Islandia primero y a Groenlandia después. Entrevista por un tal Gunnhjörn en la mitad del siglo X, allá fué a radicarse en el último cuarto del propio siglo un noruego fugitivo de la justicia, Eric el Rojo, quien dió a la isla el nombre de Tierra Verde que aún tiene. Desde entonces hasta mediados de siglo

XIII, Groenlandia hospedó una colonia que parece haber contado varios millares de habitantes.

En el año 1000 un hijo de Eric, nombrado Leif, afanoso de explotar tierras al Oeste de Groenlandia que un islandés Bjarne decía haber visitado incidentalmente, se lanzó en busca de ellas y abordó una costa cubierta de témpanos, detrás de la cual se extendía un desierto pedregoso. Por la descripción, parece tratarse de Terranova. Avanzando hacia el Sur llegó Leif con sus compañeros de aventura a una región de bosques y dunas; más adelante hallaron un río de abundante pesquería. La tierra era fertilísima y el clima suave. Leif decidió fundar allí una colonia que duró pocos años; la enemistad de los indígenas frustró el empeño. La abundancia de vides determinó el bautizo del lugar con el nombre de Vinlandia. La diferencia del día y la noche era mucho mayor que en Groenlandia e Islandia. Los exploradores dejaron constancia de que en la colonia el sol alumbraba desde las 8 de la mañana hasta las tres de la tarde en el día más corto del año, lo que equivale a los 41 grados aproximadamente. En esta latitud se halla Massachusetts.

Menos verosimilitud rodea a las exploraciones llevadas a cabo en el siglo XIV por los hermanos Nicolás y Antonio Zeno. No puede sin embargo omitirse la mención de ellas, porque su memoria va unida ordinariamente a la del descubrimiento de América. En 1390 Nicolás Zeno armó a sus expensas un buque en Venecia, su patria natal, al parecer por pura curiosidad de navegar por la costa atlántica y visitar los Países Bajos e Inglaterra. Un temporal lo arrojó a una de las islas Feroes, donde un rey indígena le brindó tan excelente acogida que el viajero decidió llamar allí a su hermano Antonio. Ambos emprendieron excursiones que los llevaron primero a unas islas que los investigadores identifican como las Shetland y, posteriormente, a Islandia y Groenlandia. Ellos recogieron noticias de países más occidentales. De unos pescadores supieron que a mil millas de las Feroes había gente civilizada: les contaron que habían estado allí, los habitantes eran amables poseían escritura y en la biblioteca del rey no faltaban libros en latín. Al Sur de aquel reino estaba el país de Drogeo, habitado por caníbales.

Conviene advertir la significativa circunstancia de que la relación de los viajes de los Zeno fué publicada en 1558, es decir en una época en que ya habían quedado prácticamente descubiertas las principales partes del mundo. Pero es más: hay que insistir en la advertencia de que las aventuras de los Zeno, como las de los vikingos nada tuvieron que ver con el descubrimiento posterior de Cristóbal Colón; tanto porque la ruta y los objetivos del genovés eran otros que los de aquéllos como por el hecho, señalado atinadamente hace más de un siglo por Humboldt, de que "Vinland y Drogeo tuvieron interés para nosotros cuando se adquirió la certidumbre de la continuidad de las costas desde el cabo de Paria hasta la desembocadura del San Lorenzo".

Las exploraciones dirigidas al Oriente sí tuvieron decisiva influencia en la historia posterior del mundo. El conocimiento directo de los europeos respecto al Oriente hasta la Baja Edad Media no había pasado del Irán y de puntos periféricos de la India. Mas las cruzadas llevaron a los occidentales hasta el borde del mundo ignoto. Por su parte los orientales penetraron en Occidente guiados por Genghis Khan y el espíritu de Mahoma. La vecindad con los musulmanes permitió a los europeos recoger noticias verídicas de los países extraños y deslumbrantes del extremo Oriente. Desde el siglo IX los árabes sostenían activo tráfico por el Océano Indico. Hay documentos que certifican que a mediados del siglo X ellos comerciaban en Cantón y presumiblemente visitaban otros puertos más al Norte de China, en Corea y Japón. Simbad el Marino no es el único aventurero musulmán de que haya perpetuado la memoria la literatura árabe.

No es extraño pues que en el Concilio de Lyon, efectuado en 1245, el papa Inocencio IV propusiera entrar en relaciones directas con los mongoles, quienes para entonces extendían su poder hasta Kiev y la Siria y de los cuales se sabía que no estaban imbuídos del fanatismo religioso de los mahometanos. Por acuerdo de aquel Concilio dos misiones fueron despachadas al Oriente: una de dominicos y otra de franciscanos. La primera se dirigió por Siria, Mesopotamia y Persia hasta Caracorum, cerca del lago Baikal, donde sus integrantes esperaban encontrar al rey del desierto. Por uno de los frailes, Simón de Saint Quentín, el cro-

nista medieval Vicente de Beauvais pudo perpetuar noticia sucinta de aquel viaje. La misión de los franciscanos fué más provechosa: por tierra se dirigieron a Kiev y de allí, navegando por el Dniéper, el Don, el Volga y el Ural, que incorporaron a la geografía de los europeos, penetraron en el imperio tártaro y por camino de caravanas llegaron a Caracorum precisamente en ocasión en que se festejaba la coronación del príncipe Kuyuk, hijo de Ogatai, y se reunían la corte unos 4,000 embajadores de diversos pueblos asiáticos. Por eso a la vuelta dos de los frailes, Piano de Carpine y Benedicto de Polonia, pudieron escribir las primeras descripciones de importancia de lugares, gentes y costumbres de Asia.

Nueve años después que los misioneros dominicos y franciscanos enviados por el Papa arribaran a Caracorum, lo hizo el franciscano Guillermo de Rubruck, enviado por San Luis de Francia para concertar una alianza con el Khan para combatir a los musulmanes. Si el fraile fracasó como diplomático, pues sólo pudo obtener de Maku un mensaje para el rey francés excitándolo a prestarle homenaje si quería vivir en paz con él, como cronista perpetuó su nombre, pues dejó una minuciosa relación de su viaje, realizado por ruta distinta a la de sus predecesores. El embarcó en San Juan de Acre hacia Constantinopla y de allí siguió al puerto de Soldaia, en la Crimea, terminal marítima occidental del imperio tártaro; después bordeó el Caspio, atravesó páramos y cordilleras y observó cuidadosamente las costumbres de la gente con que topaba. Sin duda para la historia lo más interesante de su relato es el pasaje en que cuenta haber encontrado en Caracorum una mujer de Metz casada allí con un artesano ruso, un platero de París llamado Guillermo Buchier y otros europeos a quienes había arrastrado la resaca de la invasión mongola de la Europa oriental.

Así pues, cuando los hermanos Polo, en la segundad mitad del siglo XIII iniciaron sus famosos viajes por el Oriente, penetraban en un terreno parcialmente explorado por otros europeos. Al regreso del primer viaje llevaron a Europa una misión amistosa de Kublai Khan para el Papa. En el segundo viaje, al cual por fortuna fué incorporado el relator de aquellas aventuras: Marco,

el hijo de Micer Nicolás Polo, puede decirse sin exégesis que quedó realizado el descubrimiento del Oriente; pues los tres venecianos y singularmente Marco, que ganó la confianza de Kublai Khan y fué legado del mismo a distintos países de Asia, recorrieron las región encumbrada del misterioso Altai, las costas y principales ciudades de China, Japón, Sumatra, Ceilán, Malabar y Persia; comunicando al mundo occidental, muy oportunamente por cierto, a través de la narración del más joven de ellos, descripciones minuciosas y exactas de lugares, costumbres y riquezas, que la crítica más severa reconoce ajustadas a la realidad de las cosas, salvo algunos detalles.

En el siglo XIV un inglés, Juan de Mandeville, había de completar el atractivo cuadro del Oriente trazado por Marco Polo, con una narración de sus viajes por Tierra Santa, Egipto y China, donde, como aquél, vivió algunos años. Menos verídico o más poeta que Marco Polo, Mandeville cuenta haber bebido en la **Fons Juventis,** aquel maravilloso manantial que más de un siglo después buscara inútilmente el bravo Ponce de León por tierras de la Florida, alucinado por la promesa del viajero inglés: "El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, ya no enferma y es siempre joven".

Si hoy no cabe duda que los viajes de los Polo no fueron realizados por mera afición aventura, sino por propósitos de lucro comercial; menos duda cabe de que las exploraciones del siglo XV que tuvieron como protagonistas a Gil Eanes, Nuño Tristán, Dionís y Bartolomé Díaz, Alvarez Cabral y Vasco de Gama y que descubrieron el Africa Occidental y el camino marítimo al Oriente por el Atlántico y el Indico, fueron como afirma el historiador portugués Sergio de Sousa, "una empresa de gente metódica, dotada de fría inteligencia política, de visión muy lúcida, muy precisa, de los objetivos prácticos a los cuales tendía; y que estudió minuciosamente los medios adecuados a tales objetivos''.

Del mismo carácter participa la hazaña colombina. Lo que no rebaja ni un ápice la gloria de los aventureros y exploradores portugueses, españoles, italianos, ingleses y franceses, que sirviendo a los designios de Enrique el Navegante y Juan II, de los Reyes Católicos y sus sucesores, de Isabel Tudor y de Francisco I, cuaja-

ron el anhelo universal de un nuevo mundo en la hora crítica del alumbramiento de la Edad Moderna.

BIBLIOGRAFIA

Bagué, Enrique. **Edad Media. Diez siglos de civilización.** Barcelona, 1942.

Ruge, Sophus. **La época de los descubrimientos geográficos.** (En la Historia Universal dirigida por Guillermo Oncken, tomo 19, Barcelona, 1919).

Polo, Marco. **El millón.** Madrid, 1934.

Power, Eileen. **Gente de la Edad Media.** Buenos Aires, 1945.

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Tal vez el Sr. Augier quiera iniciad el interrogatorio al Dr. Portuondo?

SR. AUGIER: Me ha parecido muy interesante la conferencia del Dr. Portuondo. Sin embargo, me gustaría saber: ¿qué relaciones establece el Dr. Portuondo entre los viajes de Marco Polo y el descubrimiento de Colón?

DR. PORTUONDO: Deliberadamente, en la lección que me correspondía, yo no he querido entrar en el estudio del descubrimiento de América y las exploraciones subsiguientes, porque eso constituye tema preciso de otra lección en este programa; pero sin duda alguna que no se podrá nunca llegar al conocimiento íntimo del descubrimiento de América, sin conocer previamente los descubrimientos, como yo los llamo, de Marco Polo. Es un asunto en disputa, pero que parece tener caracteres de realidad, que Colón anotaba el libro de Marco Polo, del cual se había editado una edición a mediados del siglo XV, y que ponía marcas sucesivas en algunos lugares citados por Polo. Pero de todos modos, si no fuera cierto esto, y lo aseguran autoridades de peso, como Viñón, por ejemplo, yo creo que bastaría el hecho de que Colón estaba en posesión de la Carta de Toscanelli, y Toscanelli le cita párrafos de Marco Polo con criterio de autoridad, para pensar que Colón pensó llegar a los países descubiertos y descritos por Marco Polo; pero aparte de esto, el que conozca el diario de Colón, que sí está a nuestro alcance, no puede tener la menor duda a ese respecto, puesto que Colón se va acercando a Cuba y menciona el Cipango. Llega el 27 de octubre a Cuba, y como no lo encuentra, piensa en que el reino del Gran Kan está cerca, y cree interpretar a los indios en el sentido de que le están diciendo que un poco más allá y un poco más allá ha de encontrarlo. Después, al desembarcar en puerto de Mares —creemos que se trate hoy del puerto de Gibara envía una embajada a tratar con el Gran Kan, que ha de encontrarse a una distancia no muy lejana de aquel

puerto. Y así sucesivamente va reviviendo el viaje de Marco Polo, creyendo que él está recorriendo algunos de los lugares indicados por aquél.

SR. CLEMENTE GARCIA: Dígame, Dr. Portuondo, ¿usted cree que Marco Polo llegó a la China por accidente, es decir, sin tener un conocimiento más o menos aproximado de lo que podía esperar de su viaje, o, por el contrario, lo hizo de una manera premeditada, deliberada, teniendo en cuenta los adelantos que podía encontrar en ese país?

DR. PORTUONDO: Yo pienso que él fué deliberadamente. Es más, que fué confiadamente. En primer término, el primer viaje de los Polos, les aseguró la protección amistosa del Gran Kan. Pudieron descubrir por sí mismos una verdad que todavía muchos quieren negar, que los mongoles, que los tártaros, no eran tan bárbaros como parece querer indicarse con ese nombre cuando se aplica en los tiempos actuales. Así pues, cuando él se entrega a la confianza de esta gente, y se deja conducir hasta el extremo Oriente, y llega a Campalut, y penetra en la gran corte de Kublai Kan; él es un familiar de aquella corte; es un individuo que sabe de antemano que de allí llegan tales o cuales artículos, que de allí es posiblemente algunos de los generales o caudillos que él ha conocido anteriormente; y asegura, en más de un pasaje, que se puede hacer el viaje que él hizo sin peligros de ninguna especie, porque aquella gente no son salteadores de caminos. Las caravanas se pueden abandonar sin custodia militar de ninguna especie, en la seguridad de que no pasa nada para llegar a donde van.

DR. MANUEL DE LA MATA: A propósito de Cristóbal Colón, podría el Dr. Portuondo decirme: ¿podría obtener alguna noticia Cristóbal Colón (y parece haberse indicado esto en algún momento) de los viajes realizados por los pueblos escandinavos, tanto a Groenlandia, como a ciertos lugares de la costa de Norteamérica?

DR. PORTUONDO: A tenor del criterio de Humboldt, que sigue para mí siendo una autoridad de primera categoría en cuestiones colombinas, al finalizar el siglo XV, los viajes de los escandinavos no eran conocidos en la Europa, especialmente en la Europa meridional, en la que se desenvolvió Colón. Sin embargo, yo sí creo que algunas vagas tradiciones, (de ésas que se repiten popularmente, y que eran muy usuales en aquel tiempo, tanto más cuando que todavía no se había desarrollado ese enorme vehículo de transmisión de conocimientos, que es la imprenta), es posible, digo, que él tuviera una vaga idea de aquellos viajes. Por lo pronto, es un hecho, como yo citaba en mi exposición, que los mapas hasta aquella época, incluso el mapa de Martín Benhaim, el globo de Martín Benhaim, de 1492, situaban algunas tierras en el Atlántico, especialmente la isla esta de San Brandan, como cosa conocida. No obstante, debo hacer una salvedad. El mapa del globo de Martín Benhaim no presenta en forma alguna a la América, sino que,

por el contrario, la omite cerrando el espacio que comprende el Atlántico, de acuerdo con las ideas predominantes en la época de que los mares ocupaban a lo sumo la séptima parte de la superficie terrestre; acercando, por tanto, la extremidad oriental de Asia a la extremidad occidental de Europa y Asia.

SR. PEREZ MENESES: Doctor, ¿a qué usted puede atribuir el error de Colón, de en vez de llegar a la India, venir a parar a América?

DR. PORTUONDO: Ese maravilloso, ese felicísimo error, es un error de la geografía de su tiempo. Los cálculos sobre la dimensión de la tierra y la distribución de las aguas y las tierras, habían siempre partido del conocimiento directo que los hombres tenían, que era mucho más abundante respecto a la extensión terrestre que a los mares, puesto que no habían navegado en general más que en mares cerrados, mares mediterráneos. Así pues, Marino de tiro, lo mismo que Ptolomeo y los navegantes inmediatamente anteriores o contemporáneos de Colón, daban unas proporciones a la esfera terrestre inferiores a las que realmente tiene, y como reducían el espacio cubierto por las aguas, resultaba que había que recorrer en cifras redondas alrededor de unas 700 leguas, para llegar desde España hasta la India, porque dividiendo los grados de la esfera, y dándole a la tierra las cinco séptimas partes de la esfera lo que quedaba equivalía a esa cifra redonda.

SR. MANUEL ZALBA: Doctor, usted ha citado a los escandinavos como precursores del descubrimiento de América. Sin embargo, yo tengo noticias de que los vascos acostumbraban a hacer sus pesquerías hacia Terranova. ¿Podría decirme algo sobre eso?

DR. PORTUONDO: No creo que existan noticias, tan concretas al menos, de los viajes de los vascos, como de los escandinavos. Es posible que siendo también pescadores y hombres de espíritu audaz, los vascos hubiesen llegado también a las costas desconocidas de Terranova, en sus pesquerías; pero no tuvieron, como los escandinavos, quien cantara sus hazañas. No hay sagas que hayan recogido esa empresa.

Angel Augier

Los grandes inventos. La imprenta

LA expansión del tráfico marítimo y comercial con el Oriente, abierto por las Cruzadas, reveló a los pueblos occidentales muchos conocimientos de las milenarias civilizaciones asiáticas. Ello ocurrió en instantes en que el regreso a las fuentes de la cultura clásica aportaba también todo el patrimonio artístico y científico acumulado por estetas y sabios de Grecia y Roma, junto con un renovado afán por explorar los secretos de la naturaleza y las dimensiones desconocidas del mundo físico.

Ese hallazgo de experiencias en algunos casos convergentes, permitió al hombre europeo, en la transición de la Edad Media al Renacimiento, —y como parte de ese complejo histórico de tan diverso y dilatado proceso—, perfeccionar y aplicar a las necesidades de su época distintos instrumentos, técnicas y materias que habrían de pesar decisivamente en la evolución y progreso de la humanidad.

Fué la brújula uno de los principales descubrimientos de esa etapa, y el primero cronológicamente, y cuya invención unos eruditos atribuyen a los árabes y otros a los chinos. Basada en la fuerza de atracción del imán, ya era conocida en Europa desde el siglo XII en sus formas más rudimentarias, pero acredítase su incorporación regular al uso occidental, al navegante italiano Flavio Gioja, de la ciudad de Amalfi, hacia 1300, aunque fué con posterioridad que se utilizó sistemáticamente para la dirección de buques, adaptándosele a la rosa náutica, y más tarde perfeccionada al lograrse más exactas observaciones del magnetismo terrestre.

El profesor R. F. Arnold (en **Cultura e Ideales del Renacimiento**) cita la afirmación de Herder de que la brújula puso el mundo en mano de los europeos, y agrega por su cuenta que "de todos los descubrimientos que han ensanchado el dominio del hombre sobre la naturaleza, ninguno tan insignificante, aparentemente, ni tan decisivo, en la realidad'', como la brújula. Que no son afirmaciones exageradas, lo demuestran la significación histórica de los países que, desde la aplicación práctica de la brújula, estructuraron su poderío económico, político y militar a través de su preponderancia y control sobre las rutas oceánicas.

Esa expansión del hombre no sólo dentro del ámbito geográfico conocido en la época, sino aún más allá de los límites señalados en la cartografía de la Edad Media, habría de tener pronto un poderoso auxiliar en la pólvora. En el catálogo de la extensa inventiva china también se ha inscripto la infernal amalgama de salitre, azufre y carbón, y según algunos autores, su naturaleza y uso nos llegó por mediación de los tártaros, aunque en su inofensiva primera fase de fuegos de artificio. Otros apuntan que su aplicación bélica ya era conocida de los griegos y más tarde aprovechada por los árabes. De todas maneras, aparece que a mediados del siglo XIII el sabio inglés Rogerio Bacon divulgó la fórmula de fabricación de la pólvora, siguiendo los estudios de Marco Greco y Alberto el Magno sobre las mezclas detonantes; pero que no fué hasta fines de la siguiente centuria que Europa inició su uso sistemático, cuando el monje alemán a quien se atribuye su invención, Bertoldo Schwartz, de Friburgo (o Colonia), vendió la fórmula a los venecianos, lo que decidió el triunfo militar de éstos sobre los genoveses.

La presencia de la pólvora en el escenario de un mundo en transición, hizo que entre las profundas transformaciones que se sucedían, se incluyera la de una institución tan predominante como la milicia. Las armas de fuego evolucionaron sin tregua hasta producir la artillería, para variar todas las concepciones establecidas sobre estrategia y fortificación, pues que quedaron reducidas a la condición de inútiles las armaduras y espadas caballerescas y el arco, hasta entonces victorioso, de los ingleses.

Opera en esa función transformadora, a principios del siglo XV, la invención del hierro colado, "tránsito del hierro trabajado

a mano a la explotación de los altos hornos", en lo que intervino el descubrimiento de la energía hidráulica, para impulsar el desarrollo industrial al unísono de las investigaciones científicas de aquel laborioso período, en que la aparición de las lentes abría el camino al telescopio y al microscopio; en que, afirmándose en Ptolomeo, Peuerbach y Regiomontano hicieron posible el astrolabio; en que el reloj de bolsillo colocaba el ritmo del tiempo al alcance inmediato del hombre; en que se penetraban los secretos de la astronomía y de la química tanto como los de la geología y de las matemáticas. Instante universal en cuyo curso caudaloso el genio de Leonardo de Vinci abarcó todos los campos de la física, sin que le fueran ajenas "en sus atrevidas concepciones matemático-técnicas, ni la mecánica ni la hidráulica, ni la acústica, ni la óptica ni la termofísica", y que habría de anticiparse a nuestra época en el esbozo de más de una de las conquistas mecánicas y científicas de la civilización, como ya antes el infortunado franciscano de Oxford, Bacon, las había concebido en su **Opus Majus,** tan plena de incitaciones al experimento directo y al análisis racional más que a las especulaciones metafísicas.

La Imprenta

El progreso económico impulsado por el incremento del comercio internacional y por el desarrollo de una incipiente industria, abrió nuevos horizontes al espíritu, en los que resplandecía el fervor de los humanistas por la obra de la antigüedad clásica y por su exhumación y divulgación. Un impetuoso afán de conocimientos hizo surgir universidades en diversas regiones de Europa entre fines del siglo XIV y principios del XV. Eran los inicios de una nueva etapa en la cultura: el Renacimiento.

Pero uno de los instrumentos fundamentales de ese proceso cultural, el libro, no evolucionaba al mismo ritmo que la creciente apetencia de ilustración. En los **scriptoriums** de abadías y monasterios, los monjes copistas, calígrafos y miniaturistas especializados en una tradición de siglos, habían llegado a una suprema maestría técnica en la lenta y costosa producción de los **códices,** es decir, de los libros manuscritos en pergamino y en vitela; más a muy

escasas y poderosas manos sólo podía llegar el fruto de esa paciente tarea. Prácticamente, permanecía enclaustrado en las bibliotecas eclesiásticas el rico patrimonio de la inteligencia, encadenado a las mesas y a los pupitres conventuales, como un símbolo dramático del medioevo, aún no superado.

Los escribas seglares ni los libreros —que contribuyeran, junto con la labor de los humanistas, a eliminar las cadenas de los códices, si bien trocándolos en apetecida y lucrativa mercancía—, bastaban a satisfacer la demanda del libro, cada vez mayor. El desarrollo científico, artístico e industrial circundante, pues, forzaba imperiosamente al surgimiento de un método mecánico de transcripción y de estampación de la escritura, que acompasara ese aspecto de la actividad con el ritmo ascendente de la época.

Dos elementos, también originarios de la lejana China, ya preparaban el advenimiento del prodigioso vehículo: el papel y el grabado en madera. En el siglo XII, diez centurias después de su invención en el continente asiático, llegó el papel a Europa por el camino de Africa, conducido por los árabes. Fué España la primera estación europea del nuevo material de escritura, al establecerse en 1150 una fábrica en Játiva, Valencia, de donde se extendió su confección y uso a Francia, Italia y Alemania en el curso de los siglos XIII y XIV.

La xilografía —grabación en madera—, trabajada en China y Japón desde antes del siglo VIII, ya se conoce en Alemania y Holanda a principios de la centuria décimo quinta, aplicada a la estampación de imágenes religiosas y de naipes. Posteriormente se utilizó en el antecedente más inmediato del libro compuesto con tipos movibles: el libro xilográfico, pequeño conjunto de páginas anapistógrafas, es decir, impresas por una sola cara, en las que se combinan imágenes y texto, ya en las mismas páginas o en páginas separadas. (Los libros xilográficos más conocidos son los Donatos, texto de gramática latina de Elio Donato; la Biblia Pauperum, los Speculum Humani Salvationis y otros textos religiosos). Es fácil suponer las dificultades y limitaciones del procedimiento de grabar las letras sobre la plancha de madera para cada una de las páginas, lo que en modo alguno podía competir con la producción del libro manuscrito, cuyo estilo de escritura imitara.

Sin embargo, los moldes xilográficos estampados sobre el papel, iban a servir de base para el maravilloso invento del alemán Juan Gutenberg: la imprenta, o más exactamente, la tipografía, pues es evidente que era bien conocido el procedimiento de imprimir sobre superficies planas, imágenes y caracteres previamente trazados sobre otra materia matriz en relieve y en forma invertida, e impregnada de tinta, sustancia ésta cuya invención también se acredita a los chinos.

Muchas brumas rodean la vida de Juan Gensfleish Gutenberg, cuyo apellido materno adoptó con preferencia según costumbre de la época, según unos, si bien otros investigadores aducen que debe el patronímico a la casa "Zum Gutenberg", donde nació en Maguncia entre 1397 y 1400. Sábese que determinadas perturbaciones políticas obligánrole a trasladarse en 1420 a Estrasburgo, capital de Alsacia, acompañado de su madre, —su progenitor había muerto el año anterior—, y se presume que allí aprendió y ejerció oficio relacionado con la orfebrería.

Es curioso que los únicos datos que han podido obtenerse, tras minuciosa búsqueda, de las actividades de Gutenberg, se desprendan de varios procesos judiciales cuyos expedientes se preservaron, y que revelan el sino infortunado del inventor. El primero, seguido en Estrasburgo en 1439 —por demanda del descendiente de uno de sus dos socios en una extraña empresa de naturaleza no esclarecida— contienen datos que permiten suponer que ya a esas fechas realizaba ensayos de impresión, por mencionarse la existencia de una prensa y de moldes entre los equipos de la sociedad. Existe la versión de que esos primeros trabajos fueron sobre moldes xilográficos, y que cierto día en que Gutenberg grababa el texto sobre una plancha de madera, ésta se quebró, y la contemplación de una letra aislada de las demás por efecto de la ruptura, le inspiró la creación de los tipos movibles, fase fundamental del invento.

Este no pudo cristalizar hasta años después, en su Maguncia natal. De otro proceso que allí se le siguió en 1455, dedúcese que a partir de 1450 Gutenberg obtuvo crecidos préstamos del rico platero Juan Fust, a quien aceptó en calidad de asociado para perfeccionar y explotar la fabricación de libros por medio de los

tipos movibles creados por él; como el inventor no pudo abonar la deuda en el plazo fijado, Fust le demandó y el pleito le fué favorable: despojó a Gutenberg de su prensa y equipos asociado al orfebre y calígrafo Pedro Schoeffer, al que hizo además su yerno. Con la ayuda del síndico Dr. Konrad Humery, estableció Gutenberg otra imprenta, hasta que en 1465 entró a servir, —presumiblemente como impresor—, en la corte del arzobispo Adolfo de Nassau, en Eltville, cerca de Maguncia, muriendo allí en 1468.

No ha sido posible determinar la fecha exacta en que inició Gutenberg la aplicación práctica de su invento, pero fragmentos de impresos en pergamino y papel encontrados, —el del poema conocido por "del Juicio del Mundo", otro de una gramática latina conocido como el "París Donatus'', otro de un calendario astronómico que se calcula de 1448, etc.—, permiten suponer que ya entre 1444 y 1447 funcionaba la prensa gutenbergiana. Los primeros impresos que ostentan una fecha cierta, 1454, son las famosas bulas de indulgencia del papa Nicolás V, para los fieles que acudieran, mediante donaciones de dinero, en ayuda de la campaña militar contra los turcos, que habían tomado a Constantinopla el año anterior.

Pero se considera el primer libro impreso en Europa, la **Biblia de 42 líneas,** —así llamada por el número de líneas de cada una de las dos columnas que tiene cada página—, también conocida como "Biblia Gutenberg'' y "Biblia Mazarina", esto último por el ejemplar que perteneció al cardenal Mazarino y que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Aunque carece de fecha y lugar de impresión, se sabe que fué impreso entre 1555 y 1556, porque en el ejemplar antes aludido aparece una nota manuscrita fechada en agosto 15 de este último año, en la que èl vicario de una iglesia de Maguncia, Heinrich Cramer, asegura que ese día completó la ornamentación y encuadernación de la obra.

Con el **Psalterio litúrgico,** también llamado **Salterio de Maguncia,** emergió la imprenta de entre las tinieblas de anonimato y reservas que hasta entonces la rodearan: es el primer libro que contiene colofón, y en éste Fust y Schoeffer, los beneficiarios de la labor de Gutenberg, consignan que fueron ellos los autores de la impresión "sin necesidad alguna del impulso de la pluma'',

trabajo que terminaron "en el año del Señor de 1457, en víspera de la fiesta de la Asunción''. No sólo es importante por ese importante detalle identificatorio, sino también por su esmerada composición y su espléndida estampación, y porque es la primera obra en que las capitulares y ornamentaciones a color se logran directamente de la imprenta, sin la intervención de los crisógrafos ni miniaturistas, que en muchos incunables realizaron el mismo trabajo que se les encomendaba en los códices.

Otros dos incunables famosos que parecen proceder de la prensa de Gutenberg, son la **Biblia de 36 líneas,** probablemente de 1458, y el **Catholicon,** diccionario latino que tiene colofón con lugar y fecha de impresión, —Maguncia, 1460—, pero no con el nombre del impresor. (Como se sabe, denomínanse incunables a todos los impresos y libros producidos con tipos movibles durante el siglo XV; procede del vocablo latino **incunabula** (plural, **incunabulae**) e indica que el libro u objeto data del período en que el arte estaba en su infancia).

En 1462, durante la llamada "guerra de los obispos'', la ciudad de Maguncia fué tomada y saqueada, provocándose la dispersión de los impresores hacia otras ciudades alemanas y hacia otros países de Europa, a donde se extendió durante esas últimas décadas del siglo XV el prodigioso invento, para intervenir decisivamente en el proceso luminoso del Renacimiento, que a su vez influye en la transformación de los caracteres góticos originales, cuando el veneciano Aldo Manucio, —amigo de Pico de la Mirándola y de Erasmo—, introduce las armoniosas letras lapidarias romanas y de la escritura humanística en la tipografía.

Como señala Douglas C. McMurtrie (**Some Facts concerning the Invention of Printing,** Chicago, 1939), "en la historia cultural de la humanidad no hay acontecimiento que ni siquiera se acerque en importancia a la invención de la imprenta con tipos movibles: se necesitaría un extenso volumen para exponer siquiera en bosquejo los trascendentales efectos de este invento en cada campo de la experiencia y empresa humanas, o describir sus resultados en la liberación del espíritu humano de las cadenas de la ignorancia y la superstición"; tal ha sido su influencia determinante en el desarrollo histórico hasta nuestros días.

Observaba Oswald Spengler, agudamente, que "la pólvora y la imprenta guardan una relación íntima: ambas han sido inventadas por el alto gótico; ambas proceden del pensamiento germánico de la técnica; ambas son los grandes medios de la táctica fáustica a larga distancia. La Reforma, —agrega— cuna de lo moderno, a principios de la época posterior, vió las primeras hojas volantes y las primeras piezas de campaña''...

En una época en que los hombres vivimos bajo la presión vigorosa de esas dos fuerzas convergentes que apunta el pensador teuton, —de cuyas tesis y orientación esenciales discrepamos—, vale la pena expresar un voto fervoroso porque los principios de progreso y libertad, representados original y raigalmente por la Imprenta, puedan triunfar sobre los de destrucción y oprobio que representan la pólvora y sus sucedáneos atómicos, ya que sólo en un mundo de paz puede florecer a plenitud el espíritu de cultura y justicia de los pueblos, y preservarse la función histórica del invento que, según el poeta alemán, "libertó el pensamiento de la milenaria esclavitud y prestó a la palabra libre, alas con las que atraviesa el tiempo y el espacio''...

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Quiere el Dr. Portuondo, hacer alguna pregunta u observación?

DR. PORTUONDO: Como la generalidad del auditorio, ha seguido con el mayor interés la erudita disertación, de Augier y, como el auditorio, seguramente, tengo la curiosidad de conocer algunos detalles que el espacio en que él ha tenido que desenvolverse no le ha permitido ampliar. Me gustaría, por ejemplo, conocer algo más de la polémica sobre la prioridad en la invención de la imprenta.

SR. AUGIER: La polémica a que hace referencia el doctor Portuondo ha generado una abundante bibliografía. En realidad, se ha discutido a Gutenberg la paternidad de la invención de la imprenta, y en parte existe razón para otorgar a China esa prioridad en cuanto a la imprenta propiamente dicha, porque fué allí donde se originó la impresión xilográfica; pero también se reclama para el gran país asiático la impresión con tipos movibles de madera, de arcilla y hasta de metal, antes del siglo IV, pero las pruebas que se alegan son confusas y no bastan para oscurecer la gloria del inventor alemán. Por otra parte,

Holanda reclama la prioridad de la invención y tiene erigida una estatua, por ese motivo, a Lorenzo Janszoon Coster, en Harlem, donde se dice que antes de Gutenberg iniciar sus experimentos ya había logrado tallar letras en madera y fundir letras en metal, y aunque se exhiben libros impresos que pretenden probar esa tesis, la falsedad de la misma quedó demostrada por el autor holandés Van der Linde. Otra tesis, también plenamente refutada, es la de Aviñón, por ciertos documentos descubiertos en 1892 que hacen referencia a que en la célebre ciudad francesa de los Papas cismáticos, en 1444, un orfebre de Praga de apellido Waldfoghel enseñó a un judío, David de Carderousse, algo que se interpreta como el arte de la impresión, pero no se han aportado pruebas en pro de esa reclamación, como tampoco la de Italia para Pánfilo Castaldi, a quien se atribuye la fundación de una imprenta en Feltre en 1446, teoría igualmente desechada por los investigadores, que estiman acertadamente que sobre la base de los testimonios que hasta hoy se tienen a mano, sólo corresponde a Juan Gutenberg la gloria de la invención de la imprenta con tipos movibles de metal, fundidos en matrices, en cuanto concierne a la aparición de la tipografía en Europa a fines de la primera mitad del siglo XV.

SR. JULIO A. MARTINEZ: Profesor Augier, en la Escuela de Periodismo se afirma que Gutenberg no inventó, sino que adaptó simplemente, en relación con el tipo movible; se afirma que él observó los troqueles para hacer monedas, que son movibles también, y que de eso le sugirió la idea de los tipos movibles. Yo quisiera saber si se le puede dar crédito a esa afirmación.

SR. AUGIER: No existen testimonios directos de cómo Gutenberg ideó y fabricó sus tipos movibles. Se supone que sus primeros ensayos fueron con tipos de madera, pero que la inconsistencia del material le llevó a utilizar el metal, si bien algunas acreditan a Schoeffer, el socio y yerno de Fust, la idea de utilizar el plomo y el estaño. En efecto, ha podido comprobarse que los primeros tipos metálicos se fabricaron siguiendo los métodos de producción de monedas de metal, en molde de arena, y es por ello que se presume la conexión de Gutenberg con trabajos de orfebrería. Pero como el método no resultara plenamente satisfactorio, fué entonces que Gutenberg logró el que se considera el aspecto técnico más importante de su invento: un método de fundición de tipos de metal en un molde metálico ajustable, de bronce o hierro, a través del centro de un punzón o sacabocados de bronce o cobre que fué producido en un molde de arena. Así pudo producir letras de anchura variable en el mismo instrumento, en cantidades ilimitadas, de altura y tamaño uniformes, lo que se estima la base técnica de la tipografía.

SR. EDUARDO CEPERO TORRES: Doctor, el libre examen, que indudablemente surge en la Reforma y que permite que a través de la

imprenta se conozca la Biblia tan ampliamente, ¿indica que la imprenta ayude a la América, al mundo, en su libertad?

SR. AUGIER: Es indudable que la imprenta, en términos generales, ha contribuído a la libertad humana, al hacer llegar la cultura a las masas, al divulgar las ideas de libertad y de justicia entre todos los pueblos. Es indiscutible que ha tenido esa función.

DR. MAÑACH: Señor Augier, ¿usted no cree que ha hecho muchos estragos también?

SR. AUGIER: Desde luego que sí, y los sigue haciendo...

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿No le parece, como a mí, que al poner demasiado énfasis en lo material de los inventos, nos hace pensar inmediatamente en que no fueron tales inventos. La brújula, la pólvora, la imprenta, existían ya entre los árabes, entre los chinos, etc., antes de llegar a Europa. Esta es una realidad que me parece casi innegable. Por tanto, cuando se habla de los inventos, ¿no sería preferible insistir en las condiciones históricas, psicológicas, las preocupaciones de cultura del pueblo, que hacen posible que esas cosas ya conocidas de antes cobren valor, tengan importancia, tomen interés en la cultura? Porque si no hubiera existido en Europa un Renacimiento, una preocupación, un espíritu de crítica, un espíritu de investigación, estos inventos no hubieran sido tales; hubieran quedado como en la Edad Media, por ejemplo. Aunque se hubiera conocido esto por el siervo y el señor feudal, el señor que no firmaba porque era noble, y el siervo que tenía que trabajar para el señor, no hubieran sabido aprovechar ni la imprenta, ni la pólvora, ni el papel, ni nada de esto que ha dado a la cultura un valor tan grande. Así, pues, me parece que el problema de los inventos es predominantemente de carácter espiritual y no de carácter material. Se habla demasiado de lo material del invento y no de las condiciones que hacen verdaderamente valioso el invento.

SR. AUGIER: Yo creo que, en términos generales, en la lección se ofrece ese sentido de los inventos que quiere el Dr. De la Mata. Es decir, que se ha hecho un esbozo de la realidad histórica en que se producen en Europa esos inventos, que no son tales, como dice él exactamente y como yo expresé, sino perfeccionamiento y aplicación de inventos ya existentes, que en definitiva vinieron a ensanchar las posibilidades del hombre en su mundo material y en sus proyecciones espirituales.

DR. MAÑACH: Doctor De la Mata, sin que la pregunta tenga ninguna implicación disimulada, simplemente al objeto de ventilar un poquito más su idea: ¿no le parece que el hecho de que la primera utilización de la imprenta fuese precisamente para la Biblia no deja de ser significativo, en relación con lo que usted expone?

DR. MANUEL DE LA MATA: Yo le voy a contestar al doctor Mañach con mucho gusto. El hecho de que se señale la Biblia como primera impresión de Gutenberg, puede ser sencillamente derivada de otra cosa, y es precisamente ésta: pudiera no haber sido la Biblia el primer libro y pudiera haber habido algunos acaparadores que intentasen hacer ver ciertas cosas con un sentido tendencioso peculiar. No es la primera vez que ocurre.

SR. AUGIER: Yo creo que hay que tener en cuenta una realidad: el negocio de producción y venta del libro manuscrito en aquella época era muy lucrativo; el predominio de la religión hacía que la Biblia constituyera un libro de fácil salida, es decir, ventajoso desde el punto de vista comercial, aparte de otras atendibles consideraciones.

SR. RUBEN REYNOSO: No es una pregunta, sino un comentario a la afirmación de Spengler, que justamente la pólvora y la imprenta son los dos grandes inventos de la Humanidad; pero habría que aclarar, ya que ha sido confirmado en estos últimos tiempos, la diferencia entre esos dos inventos. La imprenta es la creadora de libertad, de cultura, de civilización y de todo lo que beneficia al hombre y a la Humanidad, mientras que la pólvora siempre ha sido la represión, la cobardía, el asesinato y todo lo demás, que ha traído hasta la mordaza, como en el caso actual es "La Prensa" de Buenos Aires, por no citar otros ejemplos más aquí. Era nada más que un comentario.

DR. BEGUEZ CESAR: Usted ha hablado sobre la impresión de una Biblia por Gutenberg. ¿No es eso, señor Augier?

DR. MAÑACH: No oímos, doctor. El rumor que siempre acoge sus palabras nunca nos permite escucharle.

DR. BEGUEZ CESAR: Bueno, seré un tártaro. Dígame, señor Augier, usted ha hablado sobre la impresión de una Biblia por Gutenberg, ¿no es eso?

SR. AUGIER: Se atribuye a él.

DR. BEGUEZ CESAR: La impresión de la Biblia por Juan Fust en el reinado de Luis XI, ¿no es anterior a la de Gutenberg?

SR. AUGIER: No. De las que yo he mencionado, la Biblia de 46 líneas es la primera, el primer libro impreso en Europa que se conoce, que se atribuye a Gutenberg. Luego le sigue el Salterio de Maguncia, impreso por Fust y por Schoeffer.

Rafael Marquina

XXIII

España y la reconquista

EN cualquier manual de Historia de España medianamente escrupuloso en la cronología, puede el lector hallar estos datos: entre los años 718 y 725, batalla de Covadonga, que inicia la Reconquista; año 1492, toma de Granada y fin de la Reconquista. La larga distancia de los dos hechos suscita de inmediato la pregunta que, con desembarazo genioso, formuló José Ortega Gasset: ¿puede llamarse reconquista una cosa que duró ocho siglos? Ocho largos y extravasados siglos, efectivamente. El garabato de ese interrogante, incurso en un paréntesis, como entre dos columnas que se curvan, detrás del nombre Reconquista, es algo más que una acrobacia mental, que una pirueta intelectualista.

Ocurre, en efecto, que la vacilación nominativa se apoya en algo más que esa desmesura temporal. Es algo que si se sustenta en el tiempo y en el espacio, se justifica, además, como secuencia lógica, en lo factual y en lo sustantivo, en la médula misma de la Historia. Ante todo, conviene, pues, aquilatar el sentido y esclarecer el concepto. Es decir, intentar el perfecto conocimiento de lo que fué y de lo que significa esa larga epopeya miscelánea que, por tácita asidua sumisión a lo preceptivo, llamamos Reconquista española. Nos ayudará en el propósito una somera recordación de los acaecimientos que jalonaron la fluencia histórica.

La invasión musulmana tuvo lugar en España en siglo VIII. Los musulmanes del Mogreb arribaron a la península, tal como

cuenta la autoridad historiógrafa de Rafael Altamira, "como auxiliares de uno de los partidos que entonces se disputaban la corona visigoda. Era ese partido el de los hijos de Witiza, rey destronado por Rodrigo. Los witizanos pidieron ayuda al gobernador árabe del Mogreb para derivar al rey". Sabido es, por lo demás, que en el año 711, en la batalla de la laguna de la Janda, conocida con el nombre del río Guadalete, —manantío fecundo de leyendas y romances—, con la derrota del rey Rodrigo terminó la monarquía visigótica y se inició la dominación musulmana. Siete años duró la acometida invasora. En el 718 estaban ya los nuevos guerreadores penetrados por tierras de El Andaluz, en las estribaciones de los Pirineos, en la norteña tierra de los astures. ¿Qué había ocurrido para posibilitar una tan veloz conquista? El propio Altamira lo resume certeramente cuando dice: "Pero como había ocurrido otras veces en la misma historia de España y se había de repetir siglos después en varias formas, los musulmanes, venidos como auxiliares, se convirtieron en dominadores". Y al examinar el modo histórico del suceso, señala el ilustre historiador que la población española se dividió como había ocurrido en tiempos de los romanos y de los cartagineses. Se advierte enseguida la realidad; mientras algunos, acogidos a las promesas musulmanas de respeto a la religión, usos y costumbres, se radicaron en las tierras que eran ya musulmanas, —los muladíes, al cobijo de las disposiciones por las que se manumitía de esclavitud a los cristianos que estuviesen a ella sujetos y se liberaba de impuestos a los no esclavos, abjuraron y fueron renegados, en parangón con los que fueron mosárabes o tránsfugas del credo cristiano. Pero otros después de luchar bravamente contra el invasor, se fueron retirando inconformes e insobornables hacia los cobijos astures, al pie de la alterosa cordillera, en parajes de monte y espesura.

Fué este grupo de nobles intransigentes el que, agrupado en torno a Pelayo, hizo frente a los invasores en la región pirenáica de la alta península, en las tierras que son hoy las Asturias aguerridas y brumosas. La península era entonces ya un Emirato o provincia musulmana dependiente del Califato y dirigida por un Emir. (En el 756 Abderraman I había de establecer el Emirato de Córdoba, absolutamente independiente). La irreductible inconformidad con este sistema, este yugo y esta subordinación, al cali-

fato, mantuvo en rebeldía a los nobles de distintas regiones que, en retroceso y apartamiento de las tierras ya dominadas y de los regímenes ya impuestos, se opusieron al postrer avance musulmán en las inmediaciones de Covadonga, de la cueva hoy convexa de leyendas que han hinchado su convacidad, y lograron vencer en su arrebato y con su coraje a las huestes musulmanas. Esta batalla de Covadonga, —que ha sido muy recargada de exageraciones siempre, lo mismo por cronistas árabes que por historiadores españoles, ha sido considerada como el inicio de la llamada Reconquista de España.

Quizá con lo hasta aquí tan esqueléticamente sintetizado, se justifique, sin embargo, como más adecuado, el nombre de independencia. Era la libérrima y tenaz y obsesa soberanía del sentimiento independiente, lo que movió en aquellos hombres, atados a su denuedo, tenaces en su soledad, aquella manera, —que hoy podemos llamar española—, de entender su libertad, su cabal y entera independencia. El musulmán, el árabe, el hombre cetrino venido del Mogreb era forastero, al cabo; ajeno; se hizo dominante, imperativo y ante él, lo que genuinamente representaba lo que hoy podemos entender por españolidad, aunque entonces no lo pudiera ser, se alzó en afirmación, en gallardía y en desespero. Digamos apropósito, y en alusión fugaz, que algunos siglos después, un fraile de cogulla gris y mente española, Fray Francisco de Osuna, había de hablar de la libertad como altivez.

En realidad, no puede atribuirse a Pelayo y sus adléteres gloriosos una clara idea, un definido sentimiento, un concreto designio de reconquista de España. No luchaban en terreno perdido ni propiamente en tal época existía España. Por el contrario: España se fué haciendo, en todo caso, durante esa larga epopeya que conocemos con el nombre de Reconquista. En el transcurso de las siete centurias se fué cuajando lo que no existía cuando la morisma fué derrotada en Covadonga; una España que había de ser precisamente conquistadora; una España que se troqueló en la amalgama y en la fusión de lo que ella hizo hispánico sin quitarle la identidad, que esa es precisamente la impronta de su genio.

No es posible una detallada exégesis; pero bastará la nómina recordatoria de algunas efemérides. ¿Qué ocurrió, en efecto,

positivamente, históricamente, en ese dilatado período de la Reconquista española? Reincidamos en la modesta tarea estudiosa de revisar nuestros manuales. De un lado, en la vertiente no musulmana propiamente dicha, hallamos, por ejemplo: Mediados del siglo IX: los Reyes de Asturias, —el primero fué Pelayo—, traspasan la cordillera y penetran en tierras de León; año 905: con el reinado de Sancho Garcés I nace el reino de Navarra que Sancho Garcés III elevaría a supremo poderío (año 1000); mediados del siglo X; nacimiento de Castilla; año 1031: destrucción del califato de Córdoba; año 1085: conquista de Toledo, ("El Tajo, —anota Altamira—, como frontera sur de León y de Castilla".); año 1212, batalla de las Navas de Tolosa; de 1236 a 1247: conquista de Córdoba, Jaén y Sevilla por Fernando III el Santo, ya con una más definida y coherente idea de unidad hispánica bajo el abrazo de la Cruz contra la Media Luna; año 1340: Batalla del Salado ganada por Alfonso XI de Castilla y que puso fin a las invasiones musulmanas de Marruecos; 1492, toma de Granada por los Reyes Católicos.

Pero si nos asomamos a la otra vertiente, poblada de las multitudes musulmanas y judías el periplo histórico levanta hitos muy significativos por el auge de los que, llegando en ayuda, se quedaron en conquista: Año 756, fundación del Emirato de Córdoba por el primer Abderramán; año 929 el magnífico Abderramán III funda el califato independiente de Córdoba; durante los años de 981 a 1002 llena la historia y la vida con la resonancia fecunda de sus triunfos Almanzor; año 1016: entrada de los almorávides; año 1146: entrada de los almohades; el reino moro de Granada se instaura en 1238.

En el itinerario de esta trayectoria histórica se entrecruzan, pues, varias veces las rutas del triunfo; se mezclan y se confunden los auges y los avatares; al tiempo que sigue la porfía contra el forastero, se instala el forastero en nuevos y florecientes asentamientos. Naturalmente, no se produce este alterno ritmo sin que lo sustenten y lo mantengan, en el orden demográfico y social parejos fenómenos de sósmosis y endósmosis; la sístole y la diástole del corazón histórico mantiene, en fiebre o en reposo, su latir fecundo y su vigor arterial. Y al tiempo que aparecen los irreductibles,

se acomodan los adaptantes; ahí están, para probanza, los mudéjares, —no hay que olvidar a los judíos, tercer elemento de la españolidad en función de cuajo—, y los mozárabes; y junto a los reyes cristianos que se aunan para combatir a un rey moro, están aquellos que, para combatir a un rey cristiano, con reyezuelos moros se alían y tampoco faltan moros reinantes que contra reinantes moros se asocian con reyes cristianos. Y aún más: de magnates cristianos muy notorios, parten muy sinceras y sólidas inclinaciones de profunda solidaridad humana con los invasores, contra los cuales, según el concepto de reconquista, estaba luchando lo que era entonces España. Ejemplo ínclito y conspícuo: el caso de la hija del rey de Navarra Sancho Garcés: Menéndez Pidal lo ha narrado sobriamente refiriéndose a la oferta que de ella para que la hiciese su esposa le hizo Almanzor: "Almanzor la aceptó gustoso, la tomó por mujer y ella islamizó siendo, entre las mujeres del ministro, de las mejores en religión y en hermosura".

Y si paralelamente queremos incidir en calibración de cultura y civilización, los manuales nos indican: en el siglo IX, la aparición y el auge de la arquitectura mozárabe; del XI en adelante, el esplendor de las artes mudéjares; en el siglo XI funda en Toledo el rey cristiano Alfonso VI la escuela de traductores de obras musulmanas y judías; en el siglo XII, (en la década quinta), se escribe el poema Mio Cid; y durante todo él y el siguiente se produce el máximo florecimiento de las ciencias y la filosofía, (Averroes es del siglo anterior), de los musulmanes y los judíos; del XIII al XV se registran las fundaciones de las Universidades de Palencia, los inicios y construcciones de las grandes catedrales: casi todas ojivales: Toledo, Burgos, Cuenca, Barcelona. Se escriben y divulgan las "Tablas Astronómicas" y las "Siete Partidas" del sabio rey Alfonso, décimo de su nombre; el "Arte Magna" de Raimundo Lulio, el "Consulat de Mar", y el maraviloso y jocundo cultivador de la "rosa flor" y gustador del buen vino, Arcipreste de Hita, dá a las disputas de la humanidad "El Libro del Buen Amor", el primero entre los libros poéticos en que asume voz lírica el habla castellana, y en suma de tipismos reales con hálito renacentista, aparece "La Celestina", cuando ya la llamada Reconquista dejó paso a lo que realmente, había de ser póstuma recon-

quista efectiva de todo esto que así, en hervor promíscuo, en unión de disparidades que no se diluían al unirse, que no se perdían al amoldarse, fué el período histórico en que, para dejar huella profunda en la temporalidad y afirmación de sustancia española, convivieron en pugna y abrazo, en amor y desprecio, en projimidad y lejanía, en convivencia e incompatibilidad, cristianos, moros y judíos.

Claro es que, por debajo de todo esto, en la raíz o en las raíces, se halla como la evidencia de un anhelo que va cuajando sus aspiraciones cada vez más precisas y que, en general, a través de avatares y vicisitudes, cuajó en la política de Isabel la Católica o, aunque no es tan seguro, en la política de los Reyes Católicos. Séanos suficiente una alusión; ya en una cantiga del Rey Sabio se nombra a Marruecos y se habla de ciudades como Arcila y Ceuta, "et Marrocos, et Ceuta et Arcilla''. Magistralmente sagaz anota Américo Castro a este respecto: "Tenemos aquí, además, un valioso testimonio del horizonte conquistable para Castilla a fines del siglo XIII". Esta y otras impulsiones contribuyeron sin duda a aglutinar los valores, los conceptos, hasta los sentimientos que en la heterogénea convivencia logró, al cabo unidad de esfuerzos y de dirección, aunque sin omitir forzosa adopción de medios coercitivos y puniciones graves, aquel designio genial, —deriva de un rey sabio y de un santo rey, que fué, en la llaneza hacendosa y maternal de Isabel, su penacho de reina.

Cayó Granada, último reducto del rey lastimero y zagal. Y no es de olvidar que se pactaron condiciones según las cuales, (luego incumplidas), los "granadinos'', —son palabras de Altamira—, quedaron substancialmente, en la misma situación jurídica y social, es decir, añadimos nosotros en libertad de religión y en uso de sus leyes, y libres de quedarse o emigrar—, que los mudéjares anteriores a la conquista de Granada''. Estas condiciones que demuestran hasta qué punto había arraigado, con el ritmo de las sístoles y las diástoles el mutuo internamiento, —la convivencia—, no fueron respetadas y hubieron de ser incumplidas. Y en este incumplimiento, razón de las sinrazones españolas, yergue manifiesta su entereza lo que, en realidad, había madurado en el fondo de la llamada reconquista para que ahora pudiese ser considerada como tal: la incompatibilidad en la convivencia.

A mayor abundamiento, y a modo de perfecto resumen, oigan ustedes estas palabras de un arabista tan distinguido como Emilio García Gómez, traductor y prologuista del eminente E. Leví Provenzal, de la Sorbona, hoy día la más alta autoridad en estudios árabes y musulmanes: "El emirato musulmán y los reinos cristianos viven pared por medio, a veces hostiles, en ocasiones buenos vecinos, sin que el primero aspire a la ocupación total del país, ni los segundos se propongan seriamente, —era aún prematuro—, recuperar todo lo perdido" y más adelante afirma que Alfonso III fué "el verdadero precursor de la auténtica reconquista''. Señalemos esta opinión que habla de una auténtica reconquista y acojamos también, por su valor indiscutible, la del ilustre Américo Castro que, en su formidable libro "España en su historia'' dice: "La Reconquista no devolvía tierras cristianas a Castilla, sino grandes grupos de población islámica, altamente civilizada, o zonas desiertas que habían de poblarse con urgencia". Si esto lo aplica el eminente profesor a las nuevas situaciones creadas durante el siglo XIII no sería, por lo demás, muy fuera de buen tino, aplicarlo también a lo que finalmente hallaron los reconquistadores en toda la magia maravillosa de la rendida Granada sonora de surtidores y olorosa a jazmín.

En definitiva, señoras, señoritas, señores: no vaya a entenderse a través de estas disquiciones, un poco inconexas y sumarias, que le restamos importancia o le desviamos categoría al hecho histórico conocido por la Reconquista. La tuvo enorme, la está teniendo todavía. Precisamente porque todavía cabe dudar de qué realmente se le pueda llamar reconquista. En último término, será siempre cierto que si no es exacto lo de reconquista, es exactísimo lo que con ello se quiere decir. Se dice mal lo que se entiende muy bien cuando se habla de reconquista. Porque, a la postre, todo ese largo, difuso y discorde tumulto de ocho siglos, no es más que la eterna tarea española. En España, más que en ninguno otro país del mundo, la historia nacional es el hombre. El hombre en España no siente el interés de lo histórico porque la historia es él y donde él no está, o donde él no llega, no hay historia. Así su historia, su España en sí, es la suya. Convive con los demás, en projimidad, por fuerza de convivencia, no por dictamen de compa-

tibilidad. Su tarea es de índole personal; no le interesa estar en la historia, sino ser en la vida, con ansia de seguir siendo en la muerte. De lo que le rodea, le cerca, le acompaña o le hostiliza, en el solar donde se tiende a tomar el sol de los siglos, toma y asimila lo que le interesa, pero le impone su dictamen, su estilo y su ley. En España el estilo no es el hombre; el hombre es el estilo. Cada español, con su estilo, en conciencia de soledad y en epopeya de compañía. La unidad española es la evidencia de las disparidades en haz. Por eso, moros y judíos, como celtas y romanos y griegos y cartagineses, siempre en forastería incursos y como forastería indeseados, se metieron en lo más vivo del cogollo español; porque el español, lo español, en creación diaria de españolidad, los despojó de su estar, —del histórico estar de ellos—, para infiltrarles su ser. Es la tarea inacabable de España. Se derramó en el mundo sin perder su soledad; mete el mundo en sí misma sin entregarse nunca; en la asimilación, no se nutre, crea: de lo ecuménico compone lo excepcional. Ved asomar al tabladillo la bailarina. Sonar de crótalos, larga falda gitana de faralaes; mantón de flecos, guitarra suspiradora; española, indefectiblemente española, decís al punto. Pues bien: ni la guitarra, ni los crótalos, ni la falda, ni la danza propiamente, son cada una de por sí, españolas; pero indudablemente, el genio de España las dió bautismo de casticidad españolísima. Así es España: mora, cristiana, judía, romana, céltica, griega, pero todos lo sabéis: inconfundiblemente única, sola, singular y exclusiva; indefinible y, sin embargo, conspícua y eterna y, de bulto en la historia, de la historia ausente. Así es, como aparece en la modorra de los sueños andaluces la razón, una de las razones de españolidad definida por el poeta al evocar la ciudad del califato:

"Romana y mora, Córdoba callada".

DISCUSION

MANUEL ZALBA: Dígame, Sr. Marquina, entonces hay que considerar que España, políticamente, nace de Isabel la Católica para acá, no?

SR. MARQUINA: Lo que se entiende históricamente por España, ha nacido antes de los Reyes Católicos. La gran significación histórica

de los Reyes Católicos se ve en lo que se ha llamado la unidad española, de la cual se mostraron los españoles muy gozosos durante mucho tiempo, y mucho después algunos españoles no hemos estado tan contentos. Como he querido dar a entender, España se cuajó durante este tiempo en que duró la reconquista, y se cuajó precisamente asimilando e imponiendo. Es decir, no hubo ni una total asimilación de los elementos forasteros, como yo he llamado, ni tampoco un total dominio de ellos. Cuando España se pudo palpar como un ente histórico ya libre de forastería, no lo estaba tanto como parece, ni como habría sido una desgracia que estuviese. De España se empieza a hablar con este nombre antes de Alfonso X, que en sus Partidas nombra a España, y quizás anteriormente, no le puedo precisar ahora exactamente el dato; pero lo que se entiende por España en la Historia Moderna efectivamente es a partir de los Reyes Católicos y de la unidad que ellos lograron forzar.

SR. CLEMENTE GARCIA: Dígame, Sr. Marquina, ¿no es cierto que Abderramán I, que fundó el primer emirato independiente, pertenecía a la familia de los Somillas, que había sido destronada por los abasidas en el Oriente dentro del Islam?

SR. MARQUINA: Es exacto parte de lo que dice usted, otra parte no. No fué Abderramán I el que fundó el califato independiente, sino Abderramán III. Lo demás era exacto.

SR. CLEMENTE GARCIA: Yo me refería al emirato independiente.

SR. MARQUINA: Sí, el emirato independiente de Córdoba. Abderramán I fundó el emeirato de Córdoba, pero éste no tuvo su culminación hasta Abderramán III.

SR. OTTO JAHKEL: En vez de decir que Isabel la Católica hizo esa unidad española, ¿no sería mejor decir que castellanizó a España violentamente? Según yo he leído, hasta prohibían venir a América a los nativos del reino de Aragón. Yo creo que esa ha sido la política más funesta de España, castellanizar a España, que ha ahogado personas que, porque no son castellanas o no están bien miradas por el gobierno del centro, no las dejan prosperar, y por eso España está más atrasada, como diez siglos, del resto de Europa. ¿Qué opina usted de eso?

DR. MAÑACH: Tenga cuidado, Sr. Marquina; es que Otto Jahkel se ha enterado de que usted nació en Cataluña.

SR. MARQUINA: Vamos a ver, después contestaré, porque supongo que las preguntas que me van a hacer, todas van a ser del mismo estilo.

DR. MANUEL DE LA MATA: Al hablar de la política de los Reyes Católicos, contrasta lógicamente con la propaganda actual que se hace de señalar a los Reyes Católicos como modelo del fascismo actual que padece la España de Franco. Yo pregunto al señor y amigo Marquina,

¿cree que en efecto la política de los Reyes Católicos fué de una absorción totalitaria, de un sentido rigurosamente centralista, imponiendo de una manera terrible esa falta de convivencia que él señalaba, faltando a lo pactado en el Reino de Granada y que, por tanto, en efecto, existe un paralelo nefasto, y no digno de alabanza como se hace entre la política de los Reyes Católicos y la actual política franquista?

SR. MARQUINA: Para contestar las dos preguntas que están todavía flotando en el aire como saetas que vienen a herirme, voy a acorazarme...

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿Me perdona el Sr. Marquina? No es zaherir al Sr. Marquina; al contrario, él sabe perfectamente que me tengo por buen amigo suyo y creo que él lo siente de la misma forma.

SR. MARQUINA: No lo digo en ese sentido, sino aludiendo a la torpeza mía para contestarlas ...

DR. MANUEL DE LA MATA: No creo eso.

SR. MARQUINA: Vamos a ver si ponemos un poco de orden en la cosa desordenada de España, porque ya dije hace unos días que España es el genio de la desordenación, la suprema orden de la desordenación. Yo me siento muy español, y no sería fiel a esta españolidad si me preocupase demasiado de lo histórico. Pero hasta cierto punto, no puedo prescindir de lo histórico, y al juzgar en proyección a lo que me ha dicho el Dr. de la Mata, respecto a este momento (porque no quiero tampoco que parezca, cosa que sería indigna en un español, que rehuyo ciertas declaraciones, ciertas afirmaciones) tengo que decir lo siguiente: es evidente que para juzgar la conducta de los Reyes Católicos hay que trasladarse a su ambiente. Entonces ellos tenían una razón, aunque la razón de aquel pretérito, puede ser sin razón en este momento, ello quizás no condene absolutamente a los Reyes Católicos. Además, he tenido el cuidado de separar un poco el pensamiento de la Reina Isabel, de lo que realmente es la política de los Reyes Católicos. En realidad ellos fueron españoles, más que por todo, porque fueron también una convivencia en la incompatibilidad. No es una política de los Reyes Católicos, propiamente, la que se ha puesto en juego con esta pregunta. Es como una intención casi genial, o por lo menos geniosa, que es lo que es España. Una intuición geniosa de la Reina Isabel de toda esta larga secuencia que hoy estamos viviendo y discutiendo. No es propiamente el pensamiento del Rey Fernando, que hizo quizás un papel de apoyador. Hay que tener en cuenta esto, porque es toda la médula de lo español. Quizás se llegó a una unidad precisamente porque estaba viva, pugnaz, aunque a veces oculta, una disparidad profunda entre los que habían proclamado "Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando". Para juzgar esta política hay que tener en cuenta la realidad de aquel momento, todas las urgencias que estaban pululantes o que estaban, al revés, amalgamadas, coaccionantes, coaccio-

nadas, en torno a los Reyes Católicos. Con esto quiero decir que, aunque yo pueda sentir algunas ciertas discrepancias respecto a lo que empezó siendo aquella triste integridad y no esté del todo de acuerdo con muchas de las propugnaciones y de los postulados que finalmente han cuajado en política activa y constructiva, eso no quiere decir que yo reniegue de la obra de los Reyes Católicos, que yo no admita la grandeza de algunas de sus concepciones, y que no disculpe, en atención a múltiples elementos actuantes y vivos de aquel momento, muchas de las cosas que hoy nos parecen sin razones, pero que eran también razón, y quizás, aún teniendo conciencia de las sinrazones con que las manejaban, eran por eso mismo plena razón española. A este propósito, me siento mucho más seguro de decir estas palabras y de no renegar de eso, sino de aceptarlo, recordando que no hace muchos años, en La Habana, un Embajador que me parece que fué el primero, o si no el segundo, de la Segunda República Española en Cuba, hombre de extraordinario y clarísimo entendimiento, hombre de letras, de muy diserto y cultivado espíritu, pedagogo de nombre, muy vocacionado a las tareas del espíritu el Sr. Domingo Barnet, en los primeros tiempos de lo que las circunstancias nos obligaron a llamar la guerra civil española, dijo en una conferencia de prensa estas palabras, a las cuales yo me acojo hoy, con las cuales quisiera explicar claramente cuál es mi pensamiento: "Yo tengo el honor de ser representante de la República Española, pero también tengo el alto honor de ser representante de la España de Isabel la Católica". Yo tengo, señores, ante ustedes, el honor de ser también representante de España, de la España de Isabel la Católica.

SR. JULIO A. MARTINEZ: Sr. Marquina, yo quisiera saber si las características que se le apuntan al español se vinieron a cuajar después de la Reconquista. ¿Cuándo tuvo el español la noción del ser español?, de las características que tiene el español: la hidalguía, la altivez, el individualismo, etc.

SR. MARQUINA: Sería muy largo de explicar el proceso como se fué haciendo el concepto de la propia esencia española. Quizás sería muy aventurado decir que se ha llegado a ese concepto. Toda la tragedia y toda la gloria de España, es, quizás, no haber llegado a establecer netamente qué cosa sea la españolidad. En cuanto al aspecto político, también sería demasiado dilatado contestar a eso, y creo haber anticipado algunas cosas al contestar la primera pregunta que se me ha hecho. Desde luego, no creo que antes ni mucho tiempo después de la reconquista se hubiese logrado siquiera una aproximación a eso que usted llama darse cuenta de lo que es España y de lo que era lo español.

Armando Alvarez Pedroso

Cristóbal Colón

EN este breve, brevísimo, espacio de tiempo que nos concede la Universidad del Aire os presentaré suscintamente una relación de ideas y sucesos que comenzaron hace 500 años: la historia de Colón y de su gran empresa.

Como escucharéis durante el curso de esta conferencia, sólo presentaré hechos e ideas, de manera que seáis vosotros quienes puedan moldear los datos que suministraré, sentar principios, sacar conclusiones y formar, en fin, cada uno por sí, la historia del Gran Almirante.

Comencemos.

A principios del siglo XV habitaba en una de las pequeñas aldeas del valle de Fontanabuona, cerca de Génova, la familia Colombo; la aldea era Terrarrosa de Mocónesi.

El Colombo que más antiguamente registra los documentos fué Giovanni Colombo, quien, a principios del año 1492, llevó a su hijo Domenico al taller de un tejedor de paños de Génova para que le tuviera como aprendiz por cierto tiempo. Sabemos igualmente que Domenico casó luego con Susana Fontanarossa, que se estableció en Génova como tejedor de paños y que, a pesar de su origen humilde, cultivó buenas amistades, pues obtuvo del gobierno de la ciudad determinados empleos de confianza.

El matrimonio de Domenico y Susana tuvo varios hijos, uno de ellos fué el personaje central de esta lección, Cristóbal Colón, nacido en Génova entre últimos de Agosto y primeros de Octubre

de 1451, habiéndose de celebrar, por consiguiente, dentro de breves meses el quinto centenario de su nacimiento.

Colón recibió de pequeño enseñanza elemental rudimentaria pero, a pesar de ello, bien pronto obtuvo la suficiente cultura para hablar y escribir el dialecto genovés y el Latín. Sus comienzos, al lado de la familia, fueron iguales a los de cualquier otro chico en situación análoga: fué aprendiendo el oficio y negocio familiar: el tejido y la industria de la lana.

La tradición marina genovesa se fué luego incorporando al espíritu de Cristóbal, que aprendió el arte de la marinería y los necesarios elementos de astronomía, matemáticas y navegación. Durante sus estudios hizo incapié en la cartografía, conocimiento de gran interés para la navegación, pues enseña a levantar mapas y cartas náuticas.

Su vocación y las relaciones sociales y comerciales de su padre le hicieron posible obtener la posición de agente comercial y patrón de nao en la casa mercantil de la familia Di Negro, poderoso comerciante genovés.

A los veinte y un años de edad ya Colón había navegado todo el Mediterráneo y la costa atlántica europea, unas veces en los barcos de los Di Negro, otras en las embarcaciones de los comerciantes y armadores Centurione o ya con los Spínola.

En el otoño de 1476 su embarcación es hundida cerca de la costa de Portugal teniendo que llegar a tierra a nado. Este accidente le dió coyuntura para establecerse en Portugal como agente de comerciantes genoveses. En esa época comerció en azúcar, entre Italia e Islas Maderas, por cuenta de la casa Centurione.

En Portugal casó con Felipa Moñiz y en 1478 tuvo un hijo de ese matrimonio, siendo bautizado con el nombre de Diego.

En esta época va Colón documentándose sobre los anhelos geográficos del momento: el establecimiento por vía marítima de una ruta hacia la India, lugar de abastecimiento de Europa de un sinnúmero de productos, pues los caminos terrestres iban siendo cada vez más controlados por los turcos. La opinión general era que podía llegarse a la India bajando por las costas de Africa, doblando el Cabo de Buena Esperanza y avanzando luego hacia el Norte.

Pero Colón vislumbró otra ruta más corta para llegar a la India.

Pensó que, cruzando el Atlántico, debían topar sus naves con la India, dada la redondez de la tierra. La empresa era temeraria y aventurada pues se desconocía la distancia a navegar y la ruta a seguir. Pero Colón se enfrasca entonces en los más completos estudios que en su época podían verificarse; va poco a poco concibiendo un sistema que le permitiera realizar su idea; lentamente traza lo que hemos llamado su Plan Científico y así lo vemos estudiando al sabio Ptolomeo; el tratado "Imago Mundi" del Cardenal Ailly; al astrónomo Alfragano; al geógrafo Solino; a Aristóteles; a Plinio y, por último, como todo buen estudioso de su época, la Santa Biblia.

Sus estudios le llevan a fijar en su mente, a situar en su espíritu, de modo tal que jamás se borrarán de su cerebro, ciertas y determinadas ideas geográficas que le permiten sacar una conclusión: si la afirmación del profeta Esdras de que sólo la séptima parte del mundo estaba cubierta por las aguas era cierta, el mar Atlántico, que tenía a su frente, no podía tener mayor extensión de la séptima parte de las 20,400 millas en que él estimaba la anchura del mundo por el Ecuador.

Conocía la distancia a navegar y sólo le faltaba la carta náutica por medio de la cual pudiera orientar la ruta de sus embarcaciones. En este punto las relaciones de Colón en las grandes ciudades Italianas le fueron valiosísimas. Escribió a Florencia a un gran matemático, astrónomo y geógrafo Paolo del Pozo Toscanelli sobre las posibilidades de navegación entre España y las Indias por la vía del Oeste.

La contestación no se hizo esperar y Colón obtuvo su Carta o Mapa Náutico para llegar a las Indias.

Por supuesto, señores, que ni en la mente de Colón ni en la Carta Náutica de Toscanelli existieron jamás las nuevas tierras que después descubrió el inmortal Genovés. Se desconocía en absoluto que existiera un continente entre Europa y Asia; se ignoraba por completo la existencia del que habíamos de llamar Nuevo Mundo.

Si Colón hubiera conocido con exactitud la distancia que por mar existe entre las costas europeas y las asiáticas, a través del

Atlántico y del Pacífico, jamás se hubiera decidido a realizar su empresa. Pero al calcular erróneamente la anchura del Globo, el resutado de sus cálculos era una base magnífica para intentar su viaje trasatlántico. He mantenido que Colón siempre fué feliz en sus errores; de no haber sido por esos errores de cálculo, errores que, por otra parte, era imposible dejar de cometer con los conocimientos de la época, Colón jamás hubiera llegado a nuestras tierras.

Desde el momento en que el gran genovés completa su plan, vive ya sólo para realizarlo. Todos conocéis sus andanzas por las Cortes europeas en busca de ayuda, y ésta no le era facilitada por Colón jamás expuso con claridad su verdadero plan, por miedo a ser traicionado. El eje de todo el plan era la profecía de Esdras, —hoy tenida entre las profecías apócrifas—, de que sólo la séptima parte del Mundo estaba cubierta por las aguas, pues él pensaba, con razón, que con ese dato a mano, junto con la medida del globo, cualquiera emprendería la ruta a la India por la vía del Atlántico.

Colón trata de vender su idea al Rey Don Juan II de Portugal. Pierde bastante tiempo en ese país y se ve por fin burlado. Se reúne entonces con sus hermanos Bartolomé y Diego, y el primero le ayuda en su peregrinaje. Pierde su esposa en Portugal, y al quedar viudo con su pequeño hijo Diego, decide probar su suerte en Francia, acordando dejar primero al pequeño en España con una tía residente en Huelva. Esto ocurre a fines de Diciembre de 1484.

Desembarca en España en el puerto de Palos, en Andalucía; toca en el Convento de la Rábida y todos sus planes quedan modificados. Los buenos frailes le convencen de que tratara de obtener ayuda en España antes de pasar a Francia. Y en España se queda Colón 8 años esperando ayuda.

El Duque de Medinaceli estuvo a punto de respaldar su expedición, y hasta dió las órdenes para construir los navíos, mas enterada la Reina Isabel la Católica, reclama la empresa para Castilla, y ordena a Colón unirse a la Corte, asignándole el correspondiente sueldo. Las últimas batallas de la Reconquista, que libraban entonces los Reyes Católicos, detienen un año, otro y otro la empresa de Colón.

Los ofrecimientos del genovés son estudiados por distintas Juntas e informados desfavorablemente a los Reyes.

Colón se siente abatido y decide abandonar España, donde había tenido ya otro hijo con una cordobesa llamada Beatriz Enríquez de Harana. Con Fernando vuelve a la Rábida, y nuevamente los frailes le hacen desistir de su idea. Fray Juan Pérez mueve a la Reina para que la Junta de Notables oyese una vez más a Colón y estudiara su proyecto. La Junta le oyó y de nuevo rechazó la empresa.

Colén se retiraba definitivamente de España, pero sus amigos en la Corte, Don Luis de Santángel, entre otros, en un último esfuerzo, convencieron a los Reyes, y entonces se dió el permiso que habría de culminar en el descubrimiento de América. Se firmaron de inmediato las conocidísimas Capitulaciones de Santa Fe, entre la Reina y Colón, en las cuales le prometían darle el gobierno de las Indias, nombrarle Virrey de ellas y otorgarle el título de Almirante si realizare su empresa, a más de cierta participación económica en las utilidades que se obtuviesen.

El 3 de Agosto de 1492 sale del puerto de Palos la flota descubridora. Después de una escala de varias semanas en las Canarias, a principios de Septiembre comienzan la ruta oceánica. Día tras día avanzaban hacia el Oeste por un mar jamás surcado antes por hombre alguno. La tripulación se llena de temor y surge el descontento, la desconfianza, el miedo y por fin el pánico, llegándose al motín. El capitán de la flota, Cristóbal Colón, ordena ahorcar 9 tripulantes y reprime la insurrección.

En los primeros días de Octubre, comienzan a aparecer señales de tierra: se ven volar algunas aves y a las embarcaciones llegan cañas, yerbas y otros indicios de estar cerca la tierra.

El 11 de Octubre, por la noche, Colón divisa una luz, pero no lo publica para evitar desilusiones; pero a las 2 de la mañana del día 12 se divisa la ansiada tierra.

El Nuevo Mundo había sido descubierto.

Colón cree haber llegado a la India y a los naturales de la tierra les llama indios. Este error de Colón al denominar a los indígenas continúa en nuestros días. Actualmente llamamos también indios a los aborígenes del Nuevo Mundo.

En este primer viaje, Colón descubre Haití, Las Lucayas y Cuba.

Es conocido su apoteósico recibimiento en España y las demás vicisitudes de sus otros viajes.

En España, al no verse de momento el resultado económico de las expediciones colombinas, le instan a que navegue más hacia el sur por estimarse que en esa dirección quedaban los países ricos en oro. Nada se obtuvo, y surgió un descontento general contra Colón y sus empresas.

Si unimos a esto los desaciertos de Colón, en algunas ocasiones, al administrar las nuevas tierras, comprenderemos las razones de su impopularidad y las causas que movieron a los Reyes a designar el Comendador Bobadilla para que administrara las tierras del Nuevo Mundo. El Comendador extralimitó sus funciones y todos sabéis cómo maltrató y vejó al Gran Almirante enviándolo encadenado a España. A pesar de que fué ampliamente desagraviado por los Reyes, Colón jamás olvidó esa afrenta y quiso ser enterrado con los grillos que le pusiera Bobadilla al enviarlo encadenado a España.

Colón nunca recuperó el gobierno de las tierras que descubrió, pero no fué desposeído de sus títulos, honores, dignidades y rentas. Son inexactas de todo punto las versiones que nos muestran a un Colón empobrecido e ignorado por España. Mantuvo su prestigio e influencias con la Corte hasta su muerte, e inclusive sus amigos acudían a él en busca de favores de los Reyes. En cuanto a lo económico, baste decir que puntualmente recibía en España, en los últimos años de su vida, las rentas que le llegaban del Nuevo Mundo. Solamente en uno de los pocos barcos salvados de la flota hundida en que Bobadilla encontró la muerte al intentar regresar a España, recibió Colón 4,000 pesos en oro, o sean un millón ochocientos mil maravedíes, suma muy apreciable para la época, que le enviaba su apoderado en Santo Domingo, Don Alonso Sánchez de Carvajal.

A Colón le sorprendió la muerte en Valladolid el día 20 de Mayo de 1506. Recibió los Santos Sacramentos, como católico práctico que era, siendo sus últimas palabras: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu".

Sus restos fueron trasladados al Nuevo Mundo años más tarde y reposan actualmente en la Catedral de Santo Domingo, en Ciudad Trujillo, República Dominicana, donde fueron vistos y examinados hace seis años por el que ha tenido el honor de dirigiros la palabra.

Colón murió, pero su obra vive y perdurará a través de los siglos; la Humanidad le debe eterno agradecimiento al hombre que con voluntad tan tesonera como jamás se vió igual y a costa de inmensos sacrificios, grandes penalidades y enormes luchas, descubrió medio mundo, inmensos territorios, en los cuales, —según la profecía del propio Almirante—, todos los pueblos tendrían "refrigerio y ganancia". Y esta profecía se cumplió: América ha venido a ser el refugio, el baluarte, de la libertad y la economía del Mundo; millones de seres humanos han emigrado a nuestra América, por él descubierta, en busca de esa libertad espiritual y de aquella subsistencia material que él profetizó. Nuestras tierras han acogido sin reparo a los perseguidos, han abierto sus brazos a los desposeídos de la fortuna, dándole nueva oportunidad, proporcionándoles nueva esperanza.

La obra de Colón es imperecedera.

BIBLIOGRAFIA

Fray Bartolomé de Las Casas: **"Historia de las Indias"** (Madrid, 1927, 3 volúmenes.

Doctor Armando Alvarez Pedroso: **"Cristóbal Colón, Biografía del Descubridor"**. La Habana, 1944. (Cultural, S. A.)

DISCUSION

DR. MAÑACH: Vamos a ver qué desean ustedes saber acerca de Cristóbal Colón, aparte de si es gallego o es catalán?

SR. FRANCHI ALFARO: Doctor, en realidad se ha hecho de Colón, a través de los siglos que han pasado desde que existió. una especie de supergenio, y yo considero que fué un hombre, muy afortunado, porque incluso desconocía él mismo su propio descubrimiento; hasta murió sin saber lo que había descubierto. ¿Qué opina usted de eso? ¿Sería un mecdiocre como nosotros, todos los presentes, o un hombre extraordinario?

DR. MAÑACH: ¿Cómo sabe usted que aquí no hay algún Colón en potencia?

DR. ALVAREZ PEDROSO: La genialidad de Colón estriba en su tesón, en su voluntad, y en los estudios que tuvo que realizar para trazar esa ruta. Si América, si el Continente nuevo, no hubiera estado entre las tierras europeas y las tierras asiáticas, Colón hubiera llegado al lugar que se había marcado: el Catay. Al final de su vida, tuvo una ligera duda y su hermano Bartolomé también. Llegaron, inclusive, a pensar si habrían descubierto otro mundo. La duda de Bartolomé la plasma en un mapita, que hizo él poco tiempo después de la muerte de Colón, y a la costa que es hoy en día la norte de Sur América, la titula Novo Mundo: Nuevo Mundo, de puño y letra de Bartolomé Colón. Así que ellos, al final de su vida, llegaron a tener una idea de lo que habían descubierto; y la genialidad del Almirante ya saben en qué estuvo: nadie, ningún ser humano después de él, ha pasado por tantas luchas para llegar a realizar una idea.

DR. DAMASO PEREZ VALENZUELA: El lugar del nacimiento no tiene gran importancia. La importancia la tiene el descubrimiento. Pero fijar, de una manera que no deje lugar a dudas, el lugar dónde ha nacido, me parece bastaste difícil, porque según algunos historiadores, entre ellos Celso de la Riega, hay en Italia 22 partidas de bautismo de Colón. En buena lógica, lo que prueba mucho no prueba nada. Pero, hay otro detalle. También en la provincia de Pontevedra, o en Santiago, había un matrimonio Colón y Monterroso, que en aquellos días en que él nació, sostenía un pleito con el Obispo de Santiago, con motivo de una venta de unas mulas y no sé qué otras cosas. Pero, hay otro detalle muy curioso, la carabela Santa María la Mayor, tiene el mismo nombre de la Iglesia Parroquial de Pontevedra, y por su orden o por consentimiento de él se la llamaba "La Gallega". Al primer puerto que descubrió, o uno de los primeros, le puso por nombre Porto Santo; es exactamente igual, en su situación geográfica, a una de las rías bajas, al extremo de que en dos fotografías sin pie es muy difícil distinguir cuál es el Porto Santo de América y el de las rías Bajas. Hay otro detalle también muy curioso, para decir que el sol de los trópicos era violento, decía que entraba "como espetos a través de la carne", cosa que yo creo que por aquella época no se decía más que en Galicia; como los espetos que se ponían a la lumbre para asar sardinas al rojo vivo, así el sol de los trópicos entraba a través de la carne. Hay otro libro más reciente, de un Sr. Ulloa, que sitúa en Cataluña, creo, su lugar de origen. Pero a todo esto, en realidad, yo no le doy importancia. El descubrimiento lo hizo España, y tal vez sin los hermanos Yáñez Pinzón no hubiera podido Colón hacer el viaje, porque al principio los hombres desconfiaban de su pericia, y los Pinzón, que eran armadores y marinos viejos, fueron los que le animaron para continuar el viaje, porque no querían continuarlo. Es muy difícil, como

decía antes, fijar un punto de origen con seguridad, cuando hay tantas contradicciones acerca de ese particular.

DR. MAÑACH: Bien, como usted ve, nuestro amigo Dámaso Pérez Valenzuela, no le da importancia al nacimiento, pero sí se la da.

DR. ALVAREZ PEDROSO: Usted sabe que la teoría de "Colón gallego", cuyo portaestandarte es don Celso, no de la Riega, sino García de la Riega, fué estudiada minuciosamente en España, porque los propios españoles querían tener ese honor, durante cuatro décadas. Se acaba de terminar, como quien dice, el estudio, y se ha llegado a las siguientes conclusiones que usted no puede dejar de conocer: que la inmensa mayoría de los documentos que aportó don Celso García de la Riega eran apócrifos, raspados, enmendados. La teoría se cayó en la Real Academia Gallega, pero pasó, en otra instancia, a la Real Academia de la Historia de Madrid; se volvió a estudiar todo, con esos documentos y con otros más, y entonces definitivamente le dictaron la sentencia de muerte; acabaron con la teoría de "Colón gallego". Para ningún historiador español de la Real Academia de la Historia, Colón era gallego, ni siquiera español Colón es genovés. Pasan de 200 los documentos notariales que hablan de los Colones. Yo he citado uno del año 1429. No hay 22 partidas de nacimiento de Colón como Ud. dice: no hay una sola partida; se desconoce por completo la partida de nacimiento de Cristóbal Colón. Hay muchas partidas, no solamente en Génova, sino en otras partes de Italia, de otros Colombos; pero de Cristóforo Colombo no hay ni una sola. En cuanto a la obra de los Pinzones ayudando a Colón, fué enorme, fué inmensa y yo estuve a punto de contestar la otra vez una pregunta que se le hizo al Sr. Marquina desde aquí. Preguntaba alguien que cuándo sintió el español que era español, cuándo se sintió esa unidad espiritual. Yo diría: a bordo de las carabelas. Cuando Colón se decidió a ahorcar a nueve tripulantes, con los megáfonos de a bordo, como les llamamos hoy en día, hizo que vinieran y se situaran al lado de la suya las embarcaciones de los dos Pinzones, y les dijo lo que pasaba a bordo de su carabela (porque la insurrección fué a bordo de la Nao Capitana, no fué en las otras) y les dijo: "¿Qué hago?, quiero cambiar impresiones con ustedes". Entonces vinieron a bordo y pasaron a la cámara de Colón. Tuvieron lo que se llamaría hoy en día, una reunión de oficiales. Los tres grandes, los dos de las otras capitanas, y Colón. Terminada la entrevista, Colón hizo que se publicara el resultado, y los Pinzones fueron los que lo publicaron el resultado diciendo: "Empresa de tan altos Reyes, debe tener su fin; debemos llegar a cumplirla, a realizarla". Entonces todos aplaudieron, y hubo gritos y vivas a los Reyes, a Colón, a los Pinzones. Había un espíritu nacional en ese momento. En esas carabelas, viajaban aragoneses, castellanos, judíos, muchísimos andaluces. Casi todas las partes de España estaban representadas, y el grito unánime

fué que por España había que realizar la empresa. ¿Había o no había unidad, Sr. Marquina, en ese momento? ¿No había sentimiento de españolismo?

SR. MARQUINA: Sí, pero me ha dejado usted los catalanes fuera.

DR. ALVAREZ PEDROSO: Los había. Mañana repasaré la lista.

DRA. ANITA ARROYO: Pues yo a título, más que nada, de lectura de su libro, que me parece una obra magnífica, le quería preguntar sobre una observación que su propio libro me sugiría. Se ha insistido mucho, quizás demasiado, en los fines económicos, prácticos y de tipo científico que movieron a Colón, y leyendo las páginas de su diario de viaje, a mí se me ocurre pensar que Colón tuvo mucho de imaginativo. ¿Usted no cree que la imaginación de Colón lo impulsó tanto, fué una hélice, pudiáramos decir, tan poderosa como su propio designio económico o de otro tipo? ¿Que la imaginación en él es un factor que no se ha analizado suficientemente?

DR. ALVAREZ PEDROSO: Efectivamente. En alguna parte tengo escrito yo que la imaginación es la más grande dote del ser humano, y la que más nos asemeja a Dios. Por la imaginación podemos ver, antes de realizarlo, los sucesos que queremos nosotros terminar, y todo hombre grande tiene una imaginación poderosa. Colón la tenía, e inmensa. Indiscutiblemente, ese fué un aporte espiritual en su obra. El aporte imaginativo.

DR. MAÑACH: Creo que tal vez la Dra. Arroyo intentaba aclarar, Dr. Alvarez Pedroso, si usted cree que los factores espirituales priman sobre los factores utilitarios en Colón.

DR. ALVAREZ PEDROSO: Sí, indiscutiblemente. Colón también tenía la idea de obtener producto de la ruta que él iba a trazar para las Indias, pero ese producto lo pensaba invertir, en primer lugar (como les dice a los Reyes en los días de la toma de Granada y ellos se ríen) pensaba invertirlo en la reconquista del Santo Sepulcro. Tan es así, que él inclusive aportó, de su capital propio una octava parte de los gastos de la primera expedición. Por lo demás, no se olviden que Colón era humano; tenía ambos pies en el suelo como dicen los americanos; fué antes un comerciante en azúcar y un patrón de nao; en fin, él no desestimaba las cosas materiales ni por un momento, como hacemos nosotros los señores de las letras. Luchó hasta el último momento por que se le permitiera pagar una octava parte de los gastos de la expedición, con tal de obtener él una octava de los beneficios. Es verdad, tuvo también fines mercantiles, fines de lucro, y me parece a mí muy justo que los tuviera.

Felipe Pichardo Moya

XXIV

Aztecas y Mayas

ACOSTUMBRADOS a mirar la Historia Universal desde un ángulo europeo, hablamos a cada rato del descubrimiento de América por Cristóbal Colón a fines del siglo XV de nuestra Era Cristiana; cuando es lo cierto que desde mucho antes, ya gentes de América habían descubierto a Europa, si hemos de creer a Plinio y a Pomponio Mela, que nos cuenta cómo en el año 62 antes de Cristo, arribó a las costas de Germania un barco tripulado por hombres de una raza desconocida, capturados por el rey de los suevos y enviados como prisioneros al entonces Procónsul de la Galia, Metelo Celer. La imagen de uno de estos hombres, acusando sus características físicas indoamericanas, se conservó en una situla de bronce, que en 1859 los anticuarios catalogaban entre las curiosidades del Museo del Louvre; y la posibilidad geográfica del hecho está generalmente aceptada. Por otra parte, tradiciones de los Incas hablan de una expedición que Tupac Yupanqui Inca, abuelo del Atahualpa víctima de Pizarro, hizo a las islas oceánicas, y están confirmadas por otras de las islas polinesias, relativas a tierras situadas más allá de la isla de Pascua, de donde les llegó en grandes balsas la visita de un rey llamado Tupa. Todo ello mucho tiempo antes del descubrimiento cierto de tierras norteamericanas por los escandinavos, en la décima centuria de nuestra Era, y a su establecimiento por largo

tiempo en Groenlandia, y por tanto, ántes también de la gloriosa aventura colombina.

Lo interesante a subrayar, para nosotros, es el hecho de que cuando llegaron a América, detrás de Colón, los conquistadores españoles, encontraban en las nuevas tierras un verdadero mundo nuevo, con hombres y costumbres como hasta entonces no se habían visto. Antropólogos y arqueólogos nos dicen hoy que el primitivo poblamiento de esas tierras se debió a muy remotas emigraciones de gentes del Asia, al través del estrecho de Behering y las islas Aleutinas, y posiblemente de Oceanía al través del Pacífico; afirmando Paul Rivet que el Nuevo Mundo fué en los tiempos prehistóricos, como lo ha sido en los históricos, un centro de convergencia de razas y de pueblos. La realidad viva, aceptado generalmente que no existió el hombre autóctono del Nuevo Mundo, es la de que los pobladores del mismo, sean cuales fueren sus núcleos iniciales allá en la noche de los tiempos, se extendieron por todas sus regiones, y dentro de continente evolucionaron por milenios y por cuenta propia, creando civilizaciones originales de variados niveles, en las que no se acusan elementos que sin discusión las entronquen con otras extranjeras. Esa larga evolución del hombre en América, hizo del continente un mosaico de grupos étnicos y lingüísticos; y este mosaico, —caso quizás único en la Historia Universal—, fué violentamente roto, y cambiadas de lugar y confundidas las más de sus piezas, por la conquista y colonización, iniciadas con el descubrimiento colombino, y hoy su percepción y descripción fatiga la imaginación de antropólogos y filólogos; y el cuadro de las poblaciones aborígenes americanas, se estudia más fácilmente atendiendo a las grandes áreas culturales formadas, principalmente, por los medios de vida; hablándose así de pueblos recolectores, cazadores y pescadores, y de pueblos cultivadores, que culminan en los llamados, un tanto arbitrariamente, pueblos civilizados de América. Algunos de éstos desarrollaron culturas admirables en determinados aspectos, como los indios comúnmente llamados **Pueblo** y los constructores de los **Montículos**, del suroeste y sureste de los Estados Unidos respectivamente; los **Chibchas, Quimbayas** y de **San Agustín, de Colombia,** y los **Diaguitas** del norte de la Argentina. Pero sólo son tres las

culturas precolombinas del continente que, por el alto nivel material e intelectual alcanzado, merecen ciertamente ser llamadas, desde un punto de vista universal, las grandes civilizaciones indígenas de América.

Estas civilizaciones, nombrándolas en un orden geográfico de norte a sur y dando a sus respectivas regiones los nombres que hoy les confiere la Geografía Política, son la de los Aztecas, extendida desde el Valle de México por gran parte de esta República; la de los Mayas y Mayas-Quichés, en Yucatán, Campeche, Tabasco, Chiapas, Quintana Roo, Guatemala, la parte occidental de Honduras y Belice, y la de los Incas, en el Perú, Ecuador y Bolivia y extendiéndose por la provincia colombina de Pasto y la argentina de Tucumán, y parte de Chile al norte del río Maule. Estas localizaciones, hechas con el propósito de situar concretamente en el actual mapa de América dichas civilizaciones, no significa que éstas no pudieran tener proyecciones en tierras aledañas.

Las fuentes para el estudio de Aztecas y Mayas, —de los que en esta audición nos corresponde tratar—, son, por una parte, las arqueológicas, como es sabido de excepcional riqueza, —sólo en el Distrito Federal de México, el Atlas Arqueológico levantado en 1939 señala cuarenta y ocho lugares de singular interés, y en las áreas mayas se cuenta cinto diez y seis sitios arqueológicos de real importancia—, ya que ambos pueblos nos han dejado numerosas y notables muestras de su arquitectura, su arte y su ajuar, en piedra, orfebrería y cerámica; y por otra parte los textos jeroglíficos de uno y otro, pre y post colombinos, hoy llamados códices e identificados con los nombres de los lugares en que se conservan, o con los de sus primitivos poseedores, y los escritos después de la conquista, con caracteres de nuestro alfabeto y en idiomas aborígenes, por quienes así recogían sus tradiciones nativas, o alegaban ante los tribunales españoles sus derechos tribales. Otra fuente escrita de importancia, es la de los cronistas de la conquista y los historiadores de los primeros tiempos de la colonización, entre los que, y en relación con México, los hay de noble estirpe india, que recogieron hechos y tradiciones de la historia precolombina de su raza. Valor de fuente tienen, en ocasiones, los estudios etnográficos de los actuales mayas y los aborígenes del

valle de México. La bibliografía relativa a ambas civilizaciones es nutridísima.

Imposible sería, en un trabajo de la extensión del que hacemos, detenernos alrededor de estas fuentes; y además ingrato para quienes nos escuchan, y ajeno tal alarde erudito a los propósitos de divulgación de la **Universidad del Aire.** Limitémonos así a ofrecer una visión de conjunto de las civilizaciones azteca y maya, con la brevedad que impone el corto tiempo disponible, y tomando de cada una, —para evitar repeticiones, por tener ambas algunas características fundamentalmente similares—, los más acentuados trazos del cuadro que nos ofrecen.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el valle de México y en Centro América, nos dicen que las más antiguas huellas de ocupación humana allí apreciadas, corresponden a gentes ya sedentarias y agrícolas. Tenían aldeas permanentes, conocían el algodón, el maíz y el frijol, trabajaban la alfarería, la piedra, el hueso y la madera, estaban organizadas en tribus y su religión giraba alrededor de las fuerzas rectoras del crecimiento de las plantas. Estas gentes integraron las que los arqueólogos llaman Culturas Medias, —con grados, fases y características que aquí no es posible ni señalar siquiera—, y en las que tuvieron sus raíces las más adelantadas de otros pueblos mexicanos, y posiblemente también la de los Mayas. Así la de los olmecas, la de los zapotecas con su magnífico centro arqueológico de Monte Albán y sus joyas de oro, la de los toltecas, que culmina en las sedes de Teotihuacán y Azcapotzalco, con las grandiosas Pirámides del Sol y de la Luna y el Templo de Quetzacóatl, y las de los chichimecas, culhuas, tecpanecas y otros. El valle fué desde los dos siglos anteriores a Cristo hasta los tres o cuatro posteriores, un crisol de de culturas fundamentalmente similares, que evolucionaban tribalmente, y a lo largo de luchas intertribales se fundieron finalmente en la unidad cultural de los que llamamos Aztecas, afirmada con la hegemonia de su ciudad Tenochtitlán, que en confederación política con las de Tezcoco y Tlacopan, había extendido su dominio por gran parte del territorio del actual México, en pleno vigor a la llegada de Cortés, el año 1519 de nuestra Era.

La civilización maya tuvo sus inicios en el norte y el centro de Petén, en Guatemala, en una época comprendida dentro de

los tres o cuatro siglos inmediatamente anteriores y posteriores al inicio de la Era Cristiana. Desde el año 317 al 987 la encontramos extendida por tierras de Guatemala y el sur de Yucatán, y alcanzando el más alto nivel cultural indoamericano, para desaparecer como repentinamente, abandonadas sus ciudades monumentales, que en ruinas cubría ya la vegetación tropical en tiempos del descubrimento colombino. Es el período que los historiadores llaman del Viejo Imperio Maya. A partir del 987, reaparece en centros que se extienden por el norte de Yucatán, y ya influenciada por complejos mexicanos, se mantiene hasta después de iniciada la conquista de la citada región por Francisco de Montejo en 1527. Es el período del Nuevo Imperio Maya. Preciso es subrayar que esas denominaciones de Viejo y Nuevo Imperio no tienen sentido político, porque los mayas nunca estuvieron constituídos en reino o imperio, y sí en ciudades independientes, a manera de las antiguas griegas, quizás algunas veces en confederación política, sin mengua de su independencia, como la ya citada de los aztecas en tiempos de Cortés.

A la llegada de éste, los aztecas se nos presentan con una organización social un tanto complicada, y de características democráticas. Tenochtitlán estaba dividida en cuatro clanes, y éstos en veinte agrupaciones, los **calpulli,** que eran como los organismos primarios de la sociedad, a los que pertenecían las tierras laborables, dadas en cultivo al individuo, y vueltas a repartir a su muerte, o cuando las pedía por incurrir en determinadas causales. Un consejo soberano de veinte miembros, elegidos por los **calpulli,** era el **tlatocan,** acumulando los poderes legislativo y judicial, y delegando el ejecutivo en dos principales funcionarios, que podía destituir, de los que uno, el **tlacatecuhtli,** era jefe militar supremo y representante de la tribu en los asuntos exteriores. Al tiempo de la conquista española, el de Tenochtitlán, y también de la Confederación, lo era Moctezuma, y así por la dignidad de sus funciones apareció a los ojos de los conquistadores como un rey o emperador, cuando en realidad sus poderes estaban limitados por los del **tlatocan,** siendo toda concepción monárquica extraña a la sociedad azteca.

Naturalmente, numerosos funcionarios completaban el equipo gubernativo. Existía una fuerte organización militar, con un ver-

dadero servicio obligatorio, y órdenes rituales para los guerreros distinguidos, como la de los Caballeros Aguila y Caballeros Tigre. El individuo podía llegar a altos rangos sociales de acuerdo con sus servicios a la tribu, sin que por ello se creara así una casta hereditaria. Existiendo la poligamia y el divorcio, se reconocían determinados derechos a favor de la primer mujer y de sus hijos. La mujer podía poseer bienes, celebrar contratos y comparecer en juicios. Las leyes penales eran severas, contándose como delitos de importancia el homicidio, el vestir un traje del sexo opuesto, el adulterio, el alterar los límites de campo recibido en cultivo, la traición, los sacrilegios y el robo. Notable atención se prestaba a los oficios, —tejido, cerámica, orfebrería, talla de piedras finas—, siendo el azteca un verdadero artista del hoy llamado mosaico de plumas, —una tela que servía para vestiduras de gala y de las imágenes de algunos dioses—, y del tejido en distintas fibras, así como un admirable tintorero. En el comercio interior se iniciaba el uso de una como moneda, granos de cacao y de oro y barritas de cobre en determinadas formas, y el exterior, a base de trueque, era actividad de importancia, a cargo de viajantes que también a veces desempeñaban papeles diplomáticos y de espionaje.

Sabemos muy poco de la organización social de los mayas del Viejo Mundo, y en las ciudades-estados del Nuevo, el cargo de **halach uinic**, jefe de las jerarquías civil, militar y religiosa, era hereditario. Existía una nobleza de sangre, dentro de la que se escogían los magistrados locales, y a la misma se equiparaba en importancia la clase sacerdotal. En general, los mayas no tuvieron una organización gubernativa tan completa como los aztecas, y su sociedad, igualmente teocrática, parece haber sido más aristocrática, a la par que menos militarizada que la mexicana.

Ambas civilizaciones tienen complejos fundamentales y facetas de indudable semejanza, y lo que en ambas despierta hoy la general admiración por acusar su cabal desarrollo, —así, la arquitectura monumental con las pirámides de los templos y observatorios, la talla lítica, la numeración y el calendario, la escritura jeroglífica, la religión—, puede ejemplificarse con citas correspondientes a una sola de ellas, evitándose así, como antes dijimos, la que sería una simple repetición, al no clasificarse cada descripción con

sus detalles peculiares, interesantes sólo para el especialista, y que no es posible señalar aquí. A los aztecas, —con un complicado panteón de dioses y diosas de múltiples simbologías y representaciones y nombres a veces impronunciables, como dice el notable arqueológo Vaillant—, corresponde la más viva manifestación de un culto de ritos teñidos de sangre, —que parecen no haber tenido los mayas del Viejo Mundo, aunque sí los del Nuevo, influenciados como ya dijimos por culturas mexicanas—, propio de una religión inspirada en el temor de las fuerzas naturales y la esperanza de dominarlas. Para que el hombre sobreviviera, los dioses tenían que vivir también y fortalecerse, y para esto debían recibir como ofrenda los corazones sangrantes de los hombres. De aquí los sacrificios humanos rituales. En el más frecuente, la víctima era tendida sobre el altar, y el sacerdote le abría con su cuchillo de pedernal una herida, a lo largo del pecho, arrancándole el corazón, que quemaba en un vaso de piedra labrada. Naturalmente, los prisioneros de guerra eran sacrificados a los dioses que habían permitido la victoria, y la necesidad de víctimas para los sacrificios se estima como una de las causas que mantenía el carácter guerrero de los aztecas. Los anales mexicanos hablan de ceremonias en que las víctimas se contaron por miles.

A la civilización maya corresponde el más alto nivel alcanzado por las del Nuevo Mundo precolombino. Unos tres o cuatro siglos antes de Cristo, y por primera vez en la historia de la especie humana, los mayas concibieron un sistema de numeración basado en la posición de los valores, en aumento progresivo, —vigesimal y no decimal como el nuestro—, y el uso del cero como signo representativo. Esto ocurría mil años antes de que una concepción semejante, —la de nuestra numeración arábiga—, se tuviera por los indostanos, y dos mil antes de que la misma se extendiera por el mundo occidental. Los astrónomos mayas predecían los eclipses y habían calculado un admirable calendario, con un año de trescientos sesenta y cinco días, prácticamente corregido de su diferencia con la real duración del solar, por medio de la llamada Segunda Serie de su cronología. El más notable objeto arqueológico, descubierto en América, es el Trono del Jaguar, estatua de uno de estos animales, en tamaño natural, imitando la manchada

piel del jaguar; y fué encontrado en el templo de Kukulkán, en Chinchén Itzá, la ciudad maya que se ha llamado la Meca del Nuevo Imperio, en el nordeste de Yucatán. Los mayas conocían las representaciones teatrales, y eran notables sus danzas. Sus pinturas eran excelentes, como lo demuestran los recientementte descubieros frescos de Bonampak, y dignos de la mayor admiración sus trabajos lapidarios.

Al hablarse de aztecas y mayas, se piensa inmediatamente en sus ruinas monumentales, y se espera sus descripciones. Pero ya hemos hablado de la riqueza arqueológica, herencia de ambos pueblos, y la imposibilidad de siquiera reseñarla en el corto tiempo de que disponemos. La arquitectura azteca influyó, sin duda, en la colonial mexicana. Sólo una ciudad maya del Nuevo Imperio, como la citada de Chichén Itzá, —y como ésta hay varias en territorio aztecas y mayas—, con sus templos piramidales de columnas de serpientes emplumadas, como el de Kukulcán o del Castillo y el de los Guerreros; con las siete estructuras de su juego de pelota; con el Patio de las Mil columnas; con la maravillosa Torre del Caracol, única en ambas arquitecturas, maya y azteca; con el gran Cenote o Pozo de los Sacrificios, al que se arrojaban ofrendas de toda clase, de oro, jade, copal y hasta víctimas humanas, reclamaría todo el tiempo de nuestra audición.

Hoy lamentamos, a veces, el vendabal de la conquista y colonización españolas, al que generalmente atribuímos la ruina de estas civilizaciones, cuya grandeza indudable acusan sus evidencias arqueológicas. Pero, y sin que con ello se intente restar admiración alguna al mundo indoamericano, lo cierto es que esas civilizaciones llevaban en su propia esencia su enfermedad mortal, por faltarles un ideal de progreso, ya que dentro de ellas, el aspecto ritualista de la vida dominaba toda la estructura, y la misma vida se reducía a una invariable sucesión de ceremonias para honrar a los dioses, sin que por otra parte éstos ofrecieran a los hombres dirección ética, ni mucho menos ideales de perfección espiritual. Hijas ambas del Maíz, rey y señor de su economía, vemos que, entre los mayas, las grandes ciudades del viejo imperio quedan como repentinamente abandonadas desde mucho antes de la conquista española, sepultando sus ruinas la selva tropical;

y los arqueólogos nos explican el hecho alegando el fracaso del sistema agrícola de las milpas, que iba sucesivamente arruinando las tierras. Y esto podemos tomarlo como un símbolo de lo antes dicho, —de las dos civilizaciones que, altamente desarrolladas por pueblos de singular inteligencia, estaban sin embargo llamadas a desaparecer en la propia esterilidad, porque en ellas no se contemplaron debidamente, ni se cultivaron, las fuerzas espirituales que definen y afirman la personalidad humana.

BIBLIOGRAFIA

Beauchat, H. "Manual de Arqueología Americana". Madrid, 1918.
Vaillant, George C. "La Civilización Azteca". México, 1944.
Morley, Sylvanus G. "La Civilización Maya". México, 1947.

DISCUSION

SR. OTTO JAHKEL: Doctor, siempre me ha interesado ese tema, tan discutido, de la leyenda de Quetzalcoatl, aquel hombre que introdujo ciertas artes desconocidas por los indios y que eran más bien de origen europeo, como la agricultura, el tallado de piedras y así. Quisiera saber su opinión sobre esta leyenda.

DR. PICHARDO MOYA: El de Quetzalcoatl, en realidad, viene siendo como un mito que aparece en casi todos los pueblos de las culturas mexicanas con distintos nombres, en la propia cultura maya, que simboliza para ellos, efectivamente, el adelanto en la cultura. Los conquistadores europeos, cuando llegaron a México, pensaron que Quetzalcoatl era efectivamente algún sacerdote que había llegado a México en tiempos remotísimos. Pero no hay fundamento ninguno científico para tal cosa. Es una figura realmente mítica, como se habla del Guatam, que se supone que fué de la isla de Cuba a civilizar los mayas de Yucatán. Se encuentra, como les he dicho, en todas las culturas mexicanas y extendiendo todavía más, puede seguirse la aparición de ese mito en distintas culturas indoamericanas, como un héroe civilizador que se conoce en todas ellas. Aparte de eso, el nombre de Quetzalcoatl se daba también a algunos dioses, y entre los propios aztecas, a un cargo sacerdotal. etc. Ya eso entra en la complicación de las nomenclaturas aztecas y mexicanas.

SR. ROBERTO SIMEON: Doctor, me parece que Ud. ha dicho que los toltecas, los chichimecas y otros pueblos mexicanos asimilaron la cultura azteca, o para ser más preciso, que los aztecas no sólo dominaron políticamente, sino culturalmente. Tengo entendido que en

Derecho, cuando se legisla sobre algún hecho, es que la repetición de este hecho significa un mal público. En ese caso, si el problema del uso de ropas de otro sexo era cuestión sobre la cual fué necesario legislar, era que la sociedad y la moral estaban agredida por estos hechos.

DR. PICHARDO MOYA: Desde luego, la moral y las leyes aztecas repudiaban semejante hecho, el intercambio de lo sexual, y por tanto lo castigaban severamente e inclusive tenía penalidad de muerte el hecho de usar la vestidura de un sexo o del otro.

SR. ROBERTO SIMEON: La otra cuestión que había planteado es si usted había dicho que los aztecas no sólo dominaron política sino culturalmente a los chichimecas y toltecas y todos esos otros pueblos.

DR. PICHARDO MOYA: No. Yo no digo que dominaron culturalmente, sino que al fin esas culturas evolucionaron para afirmarse en una unidad, que es lo que se llama hoy azteca. Es decir, la cultura azteca ha recibido la influencia de esas culturas, muchas de ellas anteriores.

SR. AUGUSTO ENRIQUEZ: Dr. Pichardo Moya, yo quería hacerle una pregunta. ¿No cree usted que el mito de la creación que tenían los mayas, era bastante superior al que rige hoy, al que tenemos hoy en la creencia cristiana?

DR. PICHARDO MOYA: Eso es una cuestión de opiniones a las creencias de cada individuo. Aquel mito parte del Popol-Nek, en que se habla de la formación del mundo. El Popol-Nek se escribió después de la Conquista, al menos lo que se conoce de él, recogiendo el libro antiguo de las tradiciones Quichac, que estaba perdido y se supone que en esa parte donde describe la creación del mundo hay cierta influencia bíblica, porque hasta se presentan los acontecimientos en la misma sucesión y en la misma forma. Por lo demas, se valoran estas cosas conforme a las creencias de cada individuo. Para un cristiano o un católico, la Biblia es muy superior a todo aquéllo.

SR. AUGUSTO ENRIQUEZ: Doctor, ¿y no cree usted que en todos los pueblos de América, el mito que se cultivaba, por ejemplo, entre los mayas, los incas y los aztecas, era tan bueno, tan perfecto, como el mismo mito griego o el mito egipcio que personalizaba los seres de la naturaleza?

DR. PICHARDO MOYA: Realmente era el mito perfecto en el sentido de que simbolizaba las creencias que ellos tenían en los orígenes del mundo y el origen del hombre. Todos los mitos son quivalentes en todos los países.

DR. MANUEL DE LA MATA: Doctor, de todas las teorías que indican el origen de los pueblos primitivos de América, ¿qué teoría le parece a usted más aceptable?

DR. PICHARDO MOYA: El origen hoy aceptado generalmente es el de la inmigración asiática con influencias o inmigraciones también que pudieran haber llegado de las islas de Oceanía. En realidad, cada día se afirma más el origen no americano del hombre americano, por la falta en América de restos humanos que sean antropológicamente distintos del hombre histórico. Antropológicamente, todo lo encontrado en América hasta ahora es del tipo del indio actual, del indio histórico y autores, arqueólogos, antropólogos eminentes, han encontrado características que corresponden perfectamente a pueblos asiáticos. Igualmente se ha encontrado, por ejemplo, por el mismo Paul Rivet, citado en la conferencia, influencias de islas oceánicas en algunas palabras y objetos de los peruanos, como la palabra **hacha**, el uso de la patata, etc. De modo que se supone y se acepta hoy generalmente que el poblamento americano es asiático y también, quizás, con inmigraciones oceánicas.

DR. MANUEL DE LA MATA: Es decir, que una opinión ecléctica que aceptase las posibilidades de varias simultáneamente, sería más aceptable que una sola.

DR. PICHARDO MOYA: Desde luego que sí.

DR. MANUEL DE LA MATA: Muchas gracias.

SR. HILARIO CHIROLDE: Dígame, doctor, hablando de la formación o posible origen de estas razas, ¿pudiera darse algún crédito a la teoría de la Atlántida?

DR. PICHARDO MOYA: Científicamente no está aceptada, a pesar del cúmulo de teorías que hay alrededor de ella y de obras interesantísimas publicadas en ese sentido. No hay nada, desde un punto de vista antropológico y arqueológico, que permita afirmar la existencia de la Atlántida.

DR. MANUEL ZALBA: Doctor, ¿usted encuentra alguna relación entre las pirámides que se han encontrado tanto en el territorio maya como en el territorio mexicano y las de Egipto?

DR. PICHARDO MOYA: Son completamente distintas. La pirámide americana es, por lo general, más bien con un fin de templo, y la pirámide egipcia es un fin de tumba.

SR. MANUEL ZALBA: Es que ambos coinciden también, no sólo en las pirámides, sino, por ejemplo, en el sistema de expresar su pensamiento por medio de jeroglíficos.

DR. PICHARDO MOYA: Sí, sí, hay indiscutiblemente contactos, que se han señalado mucho, entre los mayas y los egipcios, pero sin que lleguen a ser lo bastantes para hacer afirmación alguna.

René Herrera Fritot

LOS INCAS

DESDE Tihuanacu, allá en las elevadas cumbres andinas, hasta las bajas planicies de Yucatán, la magnificente exposición de las viejas piedras labradas, así como los infinitos tesoros arqueológicos que nos devuelve el suelo, nos hablan de grandes civilizaciones perdidas, cuyo recuerdo está sepultado en el hosco silencio de sus actuales descendientes. Trágico mutismo de esa raza cobriza, digna de mejor suerte, que nunca pudo estrechar la mano del blanco como amigo, pues se la extendieron primero armada con la espada de la Conquista, y luego con el látigo de la explotación.

Muchos y variados factores, espirituales y materiales, hay que tener en cuenta para juzgar el grado de cultura de un pueblo, al que sólo podemos considerar como civilizado cuando alcance una verdadera organización social, asentada sobre bases materiales en que descuellen la Ciencia y el Arte. Desgraciadamente para conocer los valores espirituales de estos pueblos protohistóricos, sólo disponemos de las leyendas o de los confusos y acomodaticios datos de los cronistas posteriores al Descubrimiento, es decir, fuentes insuficientes para un certero juicio, por lo cual hay la tendencia, a que nos inclinamos preferentemente los arqueólogos, a especular en dicho sentido sobre los hallazgos de la cultura material. Particularmente sigo por norma, en la valorización de una cultura sobre esa base puramente material, atender a la manifestación artística plasmada en el monumento arquitectónico o en el menaje hallado, ya que si esa artesanía supera a la hechura puramente

utilitaria, con formas armónicas o con una decoración adicional, estamos, sin duda, en presencia de una riqueza espiritual, y por tanto, ante un grado superior de civilización.

Siguiendo ese "patrón de arte", consideramos a los Mayas-Quichés, o para estar más al día, a los pueblos del área centroamericana que Kirchhoff definió como **Mesoamérica,** a la cabeza de las viejas civilizaciones neo-continentales; y a los Incas, que constituyeron la culminación evolutiva indígena del Perú, en un segundo lugar, aunque superando a los Mayas en una organización social más práctica, con un sentido comunal de mayor amplitud y de suficiente flexibilidad en las creencias, para no caer en la tenebrosa dictadura de los sacerdotes mayas. Ejemplo de ese sentido comunal de los Incas, lo tenemos en la práctica distribución de las tierras, en la que las parcelas **oficiales,** por decirlo así, destinadas al Sol y su hijo el **Sapa-Inca,** eran por lo general las más estériles, en razón de una mayor necesidad en el pueblo, ya que las castas superiores tenían bien cubiertas sus necesidades, —sin los latifundios que hoy las caracterizan en nuestras civilizaciones—, recibiendo como impuesto una parte proporcional de lo producido por cada uno. Y al conquistar los Incas a los diversos e independientes pueblos de la región para constituir el Imperio, muy hábilmente respetaron sus particulares religiones y costumbres, dejando que paulatinamente fueran adquiriendo las nuevas normas que ellos traían.

Con anterioridad a ese amplio dominio de los **Quichúas,** autodenominados **Incas,** sobre los demás pueblos, y hasta donde puede precisarse con respecto a las altas culturas andinas, exitieron otras civilizaciones que florecieron simultáneamente, o se sucedieron, según los casos, en distintos lugares de la Cordillera o de la vertiente costera de esa prolongada región peruano-boliviana. Su más reciente estudio global se debe al arqueólogo Wendell C. Bennett, quien, basándose esencialmente en la alfarería, como elemento más predominante y de fácil comparación, agrupa esas civilizaciones en cuatro períodos principales que abarcan en total un milenio de nuestra era, y son: Períodos Chavín (400 a 600 D.C.); Períodos Primitivos (700 a 800 D.C.); Estilo Tiahuanaco Costero A (900 D.C.); Períodos Medios (1000 D.C.); Estilo Tiahuanaco

Costero B (1100 a 1200 D.C.); y Períodos Ultimos (1300 a 1400 D.C.), que ya comprende el Incaico, con el máximo auge del Imperio en el 1500 D.C., treinta y dos años antes de la Conquista Española. En estos períodos generales coloca Bennett las diferentes culturas arqueológicas peruanas, siguiendo su ubicación respectiva al norte, centro y sur de la Costa y de la Sierra. Pero aunque es un apasionante trabajo que nos trae nuevas luces en tan confuso problema, su detallada y extensa exposición con múltiples subdivisiones, constituye un estudio para especialistas que no cabe en nuestro sencillo tema divulgatorio. Preferimos tomar la relación de estilos cerámicos, coordinada anteriormente por Jorge C. Muelle y Camilo Blas, del Museo Nacional de Lima, en esta forma:

A.—Los estilos **proto-históricos,** inmediatamente anteriores a la Conquista Española: Inca, Ica-Chincha, Chanca, y Chimú, precisando en este último, el Arqueólogo Larco Hoyle, un definido tipo **Cupisnique** más antiguo.

B.—El complejo estilístico a base de la cultura de Tiahuanacu, que en diversas etapas pre-incaicas llegó a las distintas zonas geográficas de la Costa y la Sierra: Estilos Tiahuanaco, Andino del Sur, Andino del Centro, y Andino del Norte.

C.—Los dos estilos costeños pre-Tiahuanaco más fuertemente definidos, a los que no se les ha podido señalar todavía orígenes o antecedentes: El de Nasca y el de Moche.

D.—Los estilos de ubicación dudosa aún: Recuay, Chavín, y Paracas.

E.—Los revelados por algunas muestras que no son suficientes aún para definir sus características: Estilos de Pucara (Puno) y de Cajamarca.

Con respecto a los monumentos arquitectónicos de los períodos pre-Incaicos, predomina el estilo **Ciclópeo,** de grandes piedras angularmente talladas, maravillosamente encajadas sin ayuda de mortero alguno, que luego copian los Incas pero en un aparejo menor, y que para Salvador Canals Frau y otros autores constituyen una prueba evidente de un origen polinésico, cuyas manifestaciones aparecen también en la Isla de Pascua, en San Agustín en Colombia y hasta en La Venta en México.

Morfológicamente, el individuo de este conglomerado de pueblos que vino a constituir el Imperio Inca, pertenece al grupo biológico de los **Andidos**, bien determinados como "raza andina" (nos parece mejor **sub-raza** andina) por A. d'Orbigny en 1843, cuya adaptación a esas grandes alturas los conformó en un tipo de baja estatura, cortas extremidades y gran amplitud toráxica, "de indudable formación metamórfica, derivando de la conjunción de elementos preexistentes y polinesios'', según Canals Frau.

Sus lenguas principales eran la **quichúa** o **runa-simi,** y la **aymará** o de los Collas, habiendo persistido hasta nuestros días la primera, impuesta por los Incas y mantenida luego por los españoles con un buen sentido de unificación indígena. Sin embargo, cuando la llegada de Pizarro y sus valientes en el 1532, la porción norte de la costa estaba ocupada por un pueblo que aún constituía un imperio, el de los **Yuncas,** que había dominado a los **Chimús,** tenía su lenguaje propio, construía monumentales ciudades como la populosa **Chanchán** ("Gran Chimú" de los autores españoles), y gozaba de cierta autonomía aunque dependiendo tributariamente de los Incas.

El origen de los Quichúas parece ser un pequeño clan aymará, que al desaparecer el viejo Imperio de Tihuanaco, que estaba situado en las márgenes del Lago Titicaca, se asentó más al norte, en el Cuzco, creando un estado independiente que luego alcanzaría un poderoso sistema militar, con el que dominó a los restantes pueblos durante el gran Imperio de los Incas o "Hijos del Sol", respetando en principio la religión totémica de los pueblos conquistadores, pero infiltrando paulatinamente en ellos su propia religión solar.

En sus principios el Imperio de los Incas era muy limitado, luchando su primer regidor **Manco Capac,** como héroe civilizador, contra la barbarie de su propio pueblo y contra las hordas vecinas, para mantenerse en su pequeño distrito **Hurin Cuzco,** en el centro del Perú, desde donde sus sucesores extenderían el poderío a las demás tierras, desde el Ecuador a Chile, con una división territorial de cuatro provincias: **Antisuyu, Cuntisuyu, Chinchasuyu** y **Collasuyu,** cada una con su propio Gobernador, y cuyo conjunto formaba el Imperio, **Tahuantinsuyu,** "las cuatro regiones'', bajo la mano directa del propio **Inca** con privilegios divinos.

Además de una gran vía a lo largo de la costa, que desde Nazca llegaba hasta Tumpis, cruzando Ica, Pachacamac, Chanchán y Piura, otros cuatro grandes caminos de carácter estratégico comunicaban al Cuzco con las cuatro provincias del Imperio, y los grandes tramos que perduran nos muestran una de las obras de ingeniería más grande y difícil de todos los tiempos, tanto por su extensión como por lo abrupto de los lugares que cruza. En los lugares donde no corta la roca viva, está cuidadosamente enlosada, salvando los desniveles bruscos con amplios peldaños, ya que los indígenas no conocieron el transporte rodado, efectuando sus viajes a pie, y el acarreo de los productos por medio de las llamas y los guanacos o **huanacus,** camélidos naturalmente capacitados para habitar en esas grandes alturas de intensos fríos y aire enrarecido. En los lugares pantanosos o al cruzar terrenos poco firmes hacían una base de piedra picada mezclada con barro (pirca), con piedras de contén en los bordes. Como tenían de cinco a ocho metros de anchura, permitían el rápido paso de las tropas en formación, y regularmente, nunca a más de un kilómetro de distancia, había pequeñas construcciones de piedra seca que servían de refugio, principalmente a los correos del Inca, que, por un sistema de relevos, transmitían las órdenes y noticias o traían desde la distante costa el pescado fresco para la mesa del Emperador y de su Corte los **Orejones.** Estos refugios, llamados **tambos** o **tampús,** alternaban de distancia en distancia con otros mayores, con casas para los viajeros y corrales para las llamas.

Complemento de esas magníficas vías de comunicación eran los puentes o **chacas,** de diferentes tipos según las condiciones del lugar que habían de salvar: así, sobre los ríos anchos y tranquilos eran flotantes, sobre balsas de haces de paja, amarrados con fuertes cuerdas; otros como el de Chavín de Huantar, eran de grandes dinteles de piedra descansando de plano sobre hiladas de fábrica; y sobre los cañones profundos, verdaderos puentes colgantes, de fibras de agave, soportados por enormes pilares extremos de grandes piedras, en una obra de fábrica muy bien calculada.

Practicaban los Incas la agricultura intensa, base principal de su sistema social, cultivando el maíz (sara), la patata (papa), la batata dulce (apichu), las judías o frijoles (purutus o porotos),

los pimientos (uchu), la **coca,** etc., y generalmente, por la accidentada naturaleza del terreno, construían en las faldas de las montañas los **andenes** superpuestos, como amplias terrazas con los bordes protegidos por un contén de piedra. Para el regadío, principalmente en las regiones de la costa, construyeron canales hasta de cientos de kilómetros, cuyas obras rivalizan con las de los caminos y puentes. En contraste, sus instrumentos de labranza eran muy simples, efectuándose la roturación del suelo y la siembra a mano, por unas especies de palas de madera con una cruceta inferior para apoyar el pie.

Tenían un perro doméstico de una clase especial, llamado **alcu,** y eran los únicos pueblos americanos que prestaban verdadera atención a la cría de animales, entre los que se conocen la llama, principalmente para el transporte, y los **pacos** o alpacas para aprovechar su carne, así como la lana de ambos para sus telas; criaban también, como de carne muy apreciada, el curiel o conejillo de Indias (cuy), así como diversas especies de gansos y patos (**Nunuma** y **Guayaiz,** respectivamente). La pesca quedaba limitada a los pueblos de la costa, y sólo llegaba a los quichúas como una escasa contribución para las castas superiores.

La arquitectura del Perú incaico es monumental, a base de sólidos y contrastados bloques, con poca o ninguna decoración adicional, y en ella hay que distinguir tres tipos de construcciones diferentes: las fortalezas o **pucaras,** construídas en lugares estratégicos, como la famosa de **Ollantaytambo;** los palacios, como el de aparejo menor en la isla de Titicaca que pertenecía al Inca y era conocido por el **Pilco-Kayma,** los baños del Inca, de aparejo mayor, en **Copacabana,** o el amurallado de **Huiracochapampa;** y los templos, llamados **Intihuasi** o **Intihuatana,** siendo el más célebre el de **Coricancha** del Cuzco. También había ciudades fortificadas, levantadas casi siempre en sitios prácticamente inaccesibles, como la emocionante de **Machu-pichu.** Las casas del pueblo se construían, según los recursos de cada uno, de cañas, con adobes o al estilo de **pirca,** o sea con piedras y barro.

Los antiguos peruanos sobresalieron también en las artes industriales, fabricando telas de distintas calidades y preciosos motivos ornamentales, cuyos colores han sobrevivido a los siglos, en piezas recogidas en las tumbas; el trabajo de talla en la piedra casi

quedó limitado al corte de los grandes bloques para los edificios algún que otro friso ornamental y unas pocas estatuas, correspondientes más bien a las civilizaciones pre-incaicas; en madera labraron la mayoría de sus armas, como lanzas, macanas, rompecabezas esféricos o de puntas, arcos y flechas, y los propulsores o estólicas con un gancho de piedra, hueso o metal; de madera o hueso hacían muchos objetos domésticos, como peines, husos, estatuillas, etc.; y en cuanto a los trabajos en metal, puede decirse que fueron los mejores metalúrgicos de América, conociendo la reducción de los minerales cupríferos, para la confección de infinidad de objetos de cobre, como los **tumis** o cuchillos en media luna, los **tupus** o largos alfileres para sujetarse la ropa, pinzas para depilar, espejos y otros útiles, que indistintamente aparecen además en plata o en oro. Pero a la cabeza de todas sus hechuras está la cerámica, la más superior y variada, en todas sus épocas, del Nuevo Mundo, cuyos tipos ya vimos que han servido de base a los arqueólogos para determinar las épocas y culturas del Perú. En ella, con fidelidad a veces asombrosa, se han representado todos los objetos, frutos y animales de esos pueblos, innumerables escenas, verdaderos retratos y hasta los defectos individuales y las enfermedades que sufrían. La cerámica propiamente incaica se caracteriza por los elegantes aribalos, de cuello estrecho y alto, con fondo cónico, así como vasos también altos y abiertos, ambos tipos con una fina decoración polícroma.

Y por sobre esa admirable cultura material se destaca su organización social, en un disciplinado orden ascendente de jefaturas responsables, desde la familia al Sapa-Inca, pasando por el clan o **ayllú** con su jefe **ayllucamayoc**, o la "decuria", de diez familias con un **camayoc** a la cabeza, designado por el **curaca** o gobernador de la provincia.

BIBLIOGRAFIA

H. Beuchat. "Manual de Arqueeología Americana", Madrid, 1918.

Philip Ainsworth Means. **"The Incas: Empire Builders of the Andes"**, artículo ilustrado con pinturas de H. M. Herget, publicado en el "National Geographic Magazine", Vol. LXXIII, Number two, Feb. 1938, págs. 225 a 264.

Jorge C. Muelle y Camilo Blas. "Antigua Cerámica Peruana", publicado en la "Revista del Museo Nacional" de Lima, Tomo VIII, No. 2.

Reproducido en "Revista Geográfica Americana", Buenos Anres, Año VI, Vol. XI, núms. 67 y 68, págs. 271 a 280 y 318 a 328.

Wendell C. Bennett. "The Archeology of the Central Andes". Handbook of South American Indians —Steward Editor—, Bull. 143, Vol. 2, del Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington, 1947.

Salvador Canals Frau. "Prehistoria de América" —Parte VI: Las altas culturas americanas. Editorial Sudamericana, Bnos Aires, 1950.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Dr. Pichardo Moya, ¿querría usted hacerle alguna pregunta u observación a su compañero de esta tarde?

DR. PICHARDO MOYA: Unicamente felicitarlo por su admirable trabajo en que ha podido concretar lo que es la cultura inca.

DR. HERRERA FRITOT: Muchas gracias.

SR. ANTONIO AGUILAR: Yo quería pedirle a mi querido amigo, Dr. René Herrera Fritot, que nos dijese algo de una modalidad muy característica y muy interesante de la cerámica peruana. Me refiero a la cerámica sonora.

DR. HERRERA FRITOT: Bueno, como en muchos pueblos de la América, pueblos indígenas, casi siempre la cerámica suele tener para la ceremonia, para ciertas ceremonias religiosas, sonoridad, como nos ocurre en Costa Rica con esas piezas que tienen bolitas en las patas; pero entre los incas del Perú existe un tipo de cerámica sonora muy interesante; es el caso cantante (podríamos llamarlo así) que imita una determinada figura animal, por ejemplo un ave, y está compuesto casi siempre de dos cuerpos. Cuando se echa en él un líquido, al pasar de un extremo de la vasija al siguiente, produce, debido a la comprensión del aire, un sonido que imita el del animal representado. Así tenemos aves, tenemos también ranas que producen un sonido igual que ellas, una serie de tipo distinto; inclusive también se ven como silbando, que producen el silbido original.

SRA. ANTONIA GARCIA: Dr. Herrera, quisiera que usted tuviera la bondad de explicarme qué es el "quipos".

DR. HERRERA FRITOT: Es una especie de aparato compuesto de cuerdas con nudos, que les indicaban a ellos determinados hechos y también les servían para numerar o contar, por ejemplo, para saber el número de llamas que habían adquirido, etc. Mediante una serie de nudos indicaban fecha y cantidad. Así que equivale a una especie de tabla numérica de contabilidad, al mismo tiempo que establece un recuerdo para determinados hechos que interesaba recordar. Inclusive, estos tipos de aparatos, podemos llamarlo así, servían para las transmisiones a veces de las órdenes incaícas, o de las órdenes superiores

del inca, a lo pueblos de la costa o alejados de la capital. Mediante esas notas, los jefes secundarios recibían órdenes precisas con esa forma: Realmente, la escritura no se conoce que la hayan tenido positivamente, y ése parece haber sido un sistema hasta cierto punto de escritura o de recuerdo para determinada transmisión.

SR. VIDAL SOTOLONGO: Doctor, usted habló del riego. Yo quería preguntarle si ese riego era a nivel o impulsado por algún medio técnico.

DR. HERRERA FRITOT: Hasta cierto punto podemos considerar medio técnico el equilibrio de las corrientes, el establecimiento de canales con un desnivel suficientemente lento para que el agua llegara a grandes distancias. Y al mismo tiempo es de suponer que en los pasos por las montañas, ellos hicieron determinadas disposiciones en túneles, que actuarían como sifón. Así que tenemos hasta cierto punto un sistema técnico. En el Perú, por su cantidad enorme de cuencas profundas y de regiones elevadas, es muy dificultoso el regadío, y en todo ese sistema de terrazas que yo mencioné, tenían los andenes regados, en la parte superior, mediante canales que venían de zonas donde había agua suficiente, y por desnivel iba pasando de un tipo de andén al otro. Así que regaban sucesivamente toda esa serie de andenes.

SR. VIDAL SOTOLONGO: ¿Y en la actualidad?, ¿en la civilización actual?...

DR. HERRERA FRITOT: Siguen usando los indios actuales eso y los canales aquellos construídos por ellos todavía perduran.

SR. VIDAL SOTOLONGO: Pero, la agricultura del país no ha ampliado eso, no ha tomado eso como modelo?

DR. HERRERA FRITOT: La civilización actual ha hecho ya sistemas de regadío modernos aplicados a esa agricultura, inclusive hasta de plantas hidroeléctricas.

SR. ARNALDO MACHIN: Dígame doctor, ¿usted no cree que si no hubiera sido por la intromisión brusca europea, la cultura inca hubiera dejado algo grande para la Historia, o mejor dicho hubiera llegado a dominar en América?

DR. HERRERA FRITOT: En cuanto a que hubiera dejado algo grande para la Historia, creo que ya nos ha dejado algo muy grande: su sangre selecta, que el europeo no supo aprovechar. Aparte de eso la civilización incaíca nos trae grandes enseñanzas. Como acabo de responderle a su compañero en la parte esa ingenieril. hay verdaderas enseñanzas. La propia cerámica nos transmite un tipo de arte muy elevado. Por lo demás, estimo que quizás no hubieran sido los incas los que hubieran dominado en la América, porque ya teníamos también otras culturas de gran envergadura, desde el punto de vista militar, como las mayas y mayaquiches, y los aztecas que mencionó nuestro compa-

ñero Pichardo, que también hubieran dominado, y entonces probablemente hubiera habido en la América una división de dominio, una de la Central hacia el norte, y otra de la América Central hacia el sur. Esta posiblemente hubieran sido los incas, los que la hubieran dominado. Yo llego a veces a pensar, quizás con un poco de demasiado optimismo que si el inca hubiera conocido la rueda, hubiera descubierto él, a Europa y no los europeos a América y lo mismo los mayas.

SR. RUBEN REYNOSO: Antes de hacer la pregunta quería hacer aclaración respecto al sistema de regadío. El Dr. Tello, uno de los grandes sabios indígenas del Perú, fué invitado especialmente a Suiza, para que explicara el sistema de regadío incaíco, el cual actualmente se usa en muchas regiones de Suiza. Así que nosotros hemos llevado a Suiza algo de civilización también. La pregunta es ésta: la excursión que se hizo en el año 1946 para demostrar que los del Perú podían haber ido a la Indonesia, ¿no han confirmado esa tesis?

DR. HERRERA FRITOT: Se comprobó que la invasión polinésica pudo haber sido en la América un hecho y lo es. Ya Frau determina, como dije en un pequeño párrafo de mi trabajo, que las construcciones indígenas, sobre todo las preincaícas, están señalando un origen puramente indonésico. Encontramos en la Indonesia monolitos, círculos compuestos de grandes bloques de piedra y construcciones de un parecido muy grande con el Perú, aparte de una serie también de nombres, etc., que concuerdan mucho. Además, si analizamos las caras de la cerámica chimú, por ejemplo, donde están verdaderos vasos-retratos, nos encontramos que las facciones de los indios allí representadas son más negroides que mongólicas; por lo tanto, tienen un carácter más polinésico, que podríamos llamar asiático del Bering. Desde luego, la influencia asiática fué superior en la América a la influencia polinésica. Pero ya está probado con ese viaje que usted precisamente ha señalado y del cual hemos leído casi todos, que efectivamente el paso pudo haberse hecho, aun en balsas relativamente simples. No hay más que un sólo hecho que produzca turbación, podríamos decir así, en ese concepto, y es que el indígena que más tiene carácter polinesio, que es el incaíco, es el menos navegante de todos. El inca no conoce la canoa, no tiene ningún barco, son simples haces de paja; usan balsas flotantes, tan simples, que hacen pensar que no tuvieron ninguna tradición de cultura marina. Pero éste es un detalle sobre el que hay mucho que escribir todavía.

SR. ARMANDO HART: Doctor, esas inmigraciones asiáticas a que se refirió el Dr. Pichardo, y que fueron las que poblaron los pueblos de la América, el continente americano, ¿en qué época aproximadamente se produjeron?

DR. HERRERA FRITOT: Es un poco grave su pregunta, porque los expertos hoy en día (y yo no lo soy), no lo saben todavía. Ha habido una lucha general entre el antropólogo y el paleontólogo. Los paleontólogos se inclinan por lo general, cuando se determinan restos animales que acompañan a restos humanos, a darle una gran antigüedad. Por ejemplo, el hombre de Folson, aparece ahora con antigüedades enormes en la América, y el hombre de Folson ya es un hombre que deriva del asiático primitivo, con una cultura evolucionaria que indica que el paso asiático, el paso por el Bering, fué muy antiguo, mucho más anterior que él todavía, y, sin embargo, se le están asignando 25,000 años a algunos de los restos encontrados. Gerlisker, que fué el que más atacó la antigüedad del hombre en la América, la limita mucho. Creo que, exageradamente, cae en el otro extremo; lo pone demasiado corto. Podíamos quedarnos con un tipo medio. Sin embargo, la antigüedad del hombre parece ser muy grande en la América, pero está todavía en pañales. Todo lo que decimos aquí sería una copia de hipótesis de unos y de otros que nunca concuerdan.

SR. FRANCHI ALFARO: Doctor, habiendo sido tan formidables las civilizaciones de los incas, los mayas, los aztecas, ¿a qué se debe que en la actualidad el indio se encuentre tan subordinado en América?

DR. HERRERA FRITOT: A la civilización nuestra.

SR. FRANCHI ALFARO: Bueno, pero si eran tan formidables y si, como usted dijo anteriormente, de haber conocido la rueda habrían podido llegar a descubrir a Europa, entonces ¿cuál es la razón por la cual ...?

DR. HERRERA FRITOT: Voy a ponerle un pequeño ejemplo con respecto a eso. La superioridad del hombre con el arma en la mano es muy grande. Cuando los mayas estaban en las planicies bajas de Yucatán, tenían como arma la flecha impulsada por la estólica, un simple aparato adicional, que alarga la longitud del brazo y produce una mayor velocidad de la que tendría con la mano; y con ser tan superiores los mayas y tener una gran civilización ya muy establecida, un sistema social, un sistema militar, etc., vinieron los aztecas del norte y con un arco que le daba más velocidad y más precisión a la flecha, dominaron a los mayas. Lo mismo ocurre después. Llega el europeo, que ya dispone de armas de acero más resistentes que las de bronce que podían tener ellos, o las de piedra que podían tener los incas, y el arma de fuego domina militarmente. No sólo domina militarmente, sino que trata de destruir, y destruye de hecho, todas aquellas civilizaciones; convierte aquel indígena orgulloso que pertenecía a una gran civilización, en un esclavo, y surge ese emotismo con que yo comencé mi trabajo. El indio se retrae sobre sí mismo. Hace como el caracol; se mete dentro

de la concha, y no dice más nada ni produce nada más. Ese es el caso de la civilización americana. Bajo el pie del blanco, el indio desaparece. Ejemplo tristísimo es el de Cuba, en que el indio desaparece en unos 50 años de dominación nada más; y desaparece totalmente.

Gustavo Torroella

XXV

Giordano Bruno y sus ideas

POSIBLEMENTE Bruno ha sido el pensador que mejor ha expresado en su vida y en su obra la tónica espiritual del Renacimiento. "Heraldo y mártir de la filosofía nueva" ha sido llamado, y quizás ningún filósofo ha merecido tanto como él este título por su lucha vigorosa y heroica en favor de la libertad filosófica y contra el principio tradicional de la autoridad. La épcoa en que le tocó vivir de polémica frente a la tradición y de pugna por establecer los nuevos ideales de vida y del conocimiento, tuvo en él una voz representativa y valiente que arrostró hasta la muerte en la hoguera, por defender sus convicciones filosóficas.

Hacia 1530 el astrónomo polaco Copérnico acababa de escribir un tratado explicando su sistema astronómico que constituía una revolución en la concepción del universo. Muy pocos hombres cultos, al principio, aceptaron dicho sistema y se dieron cuenta de la significación profunda del mismo. El astrónomo polaco enseñó a los hombres a mirar al Universo con una actitud más modesta. Le había quitado al hombre la altiva posición de rey de la creación. La Tierra dejaba de ser el centro del universo y pasaba a ocupar un papel secundario, subordinado a un nuevo centro descubierto, que era el sol. En torno de este centro solar, giraba el cortejo de planetas con una maravillosa armonía, proporción y regularidad.

Pero Copérnico admitía aún, sin embargo, la antigua creencia de que las estrellas se hallaban fijas en una esfera y situadas a una

distancia constante de la Tierra; la innovación introducida se refería a los movimientos de los planetas en torno del sol.

Esta concepción copernicana fertilizó el fecundo y audaz pensamiento de Bruno. Recuerda en las páginas autobiográficas contenidas en su diálogo "De la causa, principio y uno", su conversión del geocentrismo al heliocentrismo en cosmología, y la larga fase de tanteos y meditaciones que siguió hasta llegar a su luminosa intuición de la infinita unidad y animación universal.

Copénico no se había atrevido a derrumbar enteramente el armazón de la cosmología aristotélica; dejaba intacto el cielo de las estrellas fijas, telón de fondo de la concepción tradicional. Es el vigoroso intelecto de Bruno quien arremete contra aquella bóveda celeste y deshace sus últimas decoraciones estelares. Niega la existencia de un centro y una periferia absolutos, con esferas cristalinas fijas, y destruye la oposición entre un cielo eterno de movimiento circular perfecto y un mundo sublunar, morada de la imperfección y la caducidad. Bruno rompió así el escenario angosto y encerrado del mundo tradicional, y abrió en la bóveda un amplio boquete, por donde los hombres renacentistas podían contemplar entusiasmados la inmensidad del universo infinito.

Bruno expone con gran fervor en su obra "Del Universo, infinito y mundos", la teoría de la infinitud del universo, inspirándose en la concepción astronómica copernicana y recogiendo ideas de su antecesor Nicolás de Cusa. Pero mientras que Copérnico y el mismo Kepler creen en la finitud del mundo, y Galileo vacila, Bruno, en cambio, está firmemente convencido en la infinitud real del espacio. Un espacio vacío más allá de un mundo cerrado y finito le parecía algo inconcebible. Por esto sostiene la idea de un espacio infinito lleno igualmente de materia infinita, impulsada toda por la misma causa infinita intrínseca, —el alma universal—, que engendra y mueve los mundos ilimitados.

En este universo infinito de Bruno no hay centro, ni periferia, ni alto, ni bajo, ni ninguna otra determinación absoluta, sino que estas expresiones son de carácter relativo. No hay tal diferenciación aristotélica de un mundo translunar o celeste, y otro sublunar o terráqueo. El universo tiene una contextura uniforme y homogénea en todas sus partes. No hay partes privilegiadas, ni subes-

timadas. La democracia astronómica de Bruno emparejó todas las cosas. Ya no había regiones nobles o plebeyas en el cosmos: todo era estado llano. El universo no admitía fueros, ni privilegios. Vivimos en un mundo infinito compuesto en todas sus partes por la misma estructura, regido por las mismas leyes, y sometido a una regularidad universal. Se recuerda aquí al **logos**, viejo concepto de estirpe griega que alude a ese orden y legalidad cósmicas.

Ahora bien, la multiplicidad de sistemas solares no constituye un proceso mecánico de yuxtaposición, sino una estructura vital orgánica. Es un proceso vivo de nacimiento y muerte de los mundos regidos por la divinidad. El universo es como una gran semilla o germen que se nutre y desarrolla por la fuerza de la divinidad, que también lo conforma y articula desde dentro. El cosmo no es para Bruno pues, un amontonamiento de materia inconexa, sino unidad planeada de organismo vivo, impregnado de la esencia y espíritu de la divinidad.

Aquí llegamos a la idea que quizás ocupa el centro del pensamiento de Bruno: la afirmación de que ese universo orgánico, armónico, regulado por los mismos principios y leyes, está en Dios y que Dios está en él. Es la doctrina panteísta que identifica a Dios con el mundo, que recuerda por una parte a los filósofos jónicos hilozoistas, especialmente a Anaximando, y por otra parte a Spinoza, influído por Bruno en este aspecto.

Para Bruno el mundo es la revelación y desarrollo de la esencia divina. La divinidad está dentro de nosotros, así como dentro de cualquier otro ser, tanto de nuestro mundo, como en todos los demás que constituyen el universo infinito. Dios es el alma universal presente toda en el todo y en cualquier parte de él.

Influído por la doctrina neoplatónica y por Nicolás de Cusa, Bruno distingue dos aspectos en esa substancia divina universal. En un aspecto la naturaleza es potencia infinita creadora, es el alma divina del mundo, que lo engendra, desarrolla y mueve; en otro aspecto la naturaleza es el mundo de las cosas producidas, múltiples y diversas. El mundo se forma a partir de la unidad de la naturaleza creadora e infinita, en que todo está contenido en potencia, y se realiza, se despliega, a través del desarrollo y diferenciación de las cosas múltiples y determinadas.

Bruno cree que este dualismo de la naturaleza creadora y de la naturaleza creada, al igual que todos los contrarios que existen en el universo, llegan a una síntesis final en la unidad de Dios, que es la coincidencia de los opuestos. Ve en Dios como una armonía estética y lógica en que se concilian todas las contradicciones del mundo. Aquí resuena la filosofía del viejo Heráclito para quien también todos los contrarios constituyen una unidad final, y para quien la contrariedad es armonía, "como en el caso del arco y la lira".

De aquí proviene el optimismo de la teodicea de Bruno que anticipa la de Leibniz. Ve los contrarios coincidiendo en la unidad, y las oposiciones concurriendo en la formación y perfección del todo. El mal visto desde el punto de vista de la eternidad, de la coincidencia de los opuestos, queda entendido como bien, o como guía que nos lleva hacia el mismo. El sumo bien consiste en la unidad que "complica" el todo. La esencia íntima del mundo es la armonía y para quien es capaz de ver con entusiasmo amoroso al mundo, desaparecen las deficiencias e imperfecciones de lo particular, por el resplandor de la belleza del todo. Sólo se queja el que no puede elevarse a esta hermosa intuición de la unidad total. Se lamenta sólo el corto de vista.

Pero, ¿cómo conocemos al mundo?, ¿cómo alcanzamos esa bella intuición de la totalidad que borra las imperfecciones y fealdades de las partes? El hombre puede conocer al mundo, fundamentalmente porque es parte y espejo de la realidad total. En cada hombre, en cada individuo se contempla un universo, un micro-cosmos. El alma universal, en virtud de su inmanencia está presente en el todo y en cada individuo en particular. Dios está presente y obra siempre en cada conciencia como un aguijón que impide la pereza o inercia de su potencialidad y le obliga a actuar, a desarrollarse. Por esto, el hombre en todo tiempo y edad, siempre aspira, instigado por el acicate de Dios, a avanzar a cada momento más allá de lo que posee. El afán humano nunca se extingue, es infinito como Dios, porque precisamente él es la raíz de donde brota todo conato o impulso humano.

En todos los grados de la apetencia humana siempre obra y se manifiesta la misma inteligencia universal. Hay una identidad

fundamental del instinto, de la sensibilidad y del entendimiento: son grados de participación de la inteligencia divina difundida en todo el universo. Siempre es la misma potencia cognoscitiva y amorosa la que actúa en el sujeto a través de distintas manifestaciones. Instinto, sensibilidad y entendimiento son grados, peldaños de un único camino ascencional en que, al subir del inferior al superior, al elevarnos al conocimieno perfecto, vamos unificando, complicando la realidad.

Pasamos gradualmente de la diversidad de los seres particulares que nos muestran los sentidos, a su unificación y síntesis en las identidades y conceptos. Siguiendo esa vía ascencional unificadora llegamos por último al grado cognoscitivo más alto, a la unidad del sujeto con el objeto infinito Dios, donde se concilian para Bruno, todos los opuestos y se unifican todos los particulares, como ocurre también en el éxtasis neoplatónico. Este grado supremo de conocimiento es como un arrebato o furor en que la mente que persigue al objeto infinito queda conquistada por él; de cazadora se convierte en presa. Esto es, como dice Bruno, el fin último y final de esta caza... por el cual el cazador se torna en presa.

La doctrina ética de Bruno presenta el mismo esquema en virtud de que todos los conatos o impulsos humanos, ya sean hacia el conocimiento o hacia la acción, todos tienen su raíz en la presencia de Dios que hay en cada uno de los seres. El alma universal liga a todas las cosas con el vínculo unificador del amor, "nudo de los nudos". Distingue tres especies de este vínculo amoroso y religioso a la par. El amor sensual, el moral o humano y el intelectual, contemplativo o divino. Acepta los tres amores como buenos por provenir todos de la misma alma divina universal. Constituye con ellos una escala, como ocurre en el proceso del conocimiento, para llegar al amor divino, que es el más alto.

El impulso que despierta en cada uno el alma divina universal que hay en todos, es impulso de amor y conocimiento juntos, enlazados indisolublemente. A medida que la conciencia humana se ilumina y hace más profunda, se amplia y dignifica también la esfera del conocimiento y de la acción conjuntamente. La ética de Bruno se dirige a esa plenitud de espíritu y conciencia.

La plenitud de la conciencia humana, la total realización de la esencia humana implica tanto la contemplación de la verdad,

como el ejercicio de la virtud activa. Tanto el conocimiento, como la acción, se dirigen amorosa, religiosamente, en incansable caza, al objeto infinito o Dios para alcanzarle y comprenderle.

Para Bruno, la escala del amor y de la vida, que él toma de Platón y de los neoplatónicos, es una escala de valores, que el hombre va ascendiendo, guiado por el Eros en Platón, por el entusiasmo heroico en Bruno, desde los valores inferiores, a través de los contrarios o antítesis, hasta los superiores, hasta la coincidencia o unidad universal del ser, que es también para Bruno el sumo bien. En la cúspide de la escala, la realidad suprema coincide con el máximo valor, como ocurre con la mejor tradición de la filosofía clásica antigua y medieval.

Para Bruno en el amor sensual hay ya conato o impulso de unidad, unidad de dos seres corporales; impulso de unidad más alto es el amor humano que tiende al perfeccionamiento moral y social. El más alto es el impulso del amor divino que tiene por objeto la unidad universal. Todo impulso, toda apetencia viene de Dios y en definitiva van a Dios. Pero los grados más altos, tanto en el amor como en el conocimiento, no son la negación de los inferiores, sino más bien el desarrollo, y asimilación de los mismos en una etapa superior.

En resumen: el proceso del mundo para Bruno parte de la unidad infinita y creadora, la que se despliega y desarrolla en la producción de las cosas concretas, a través del proceso que llama Bruno con los neoplatónicos, de **descenso**; y se unifica o complica (como él llama) en cambio, en el proceso inverso que realiza el hombre, de **ascenso**, a través del conocimiento, del amor y la acción, hasta la unidad divina.

Esta filosofía de Bruno que acabo de presentarles en esquemática síntesis, pertenece a un tipo de concepción del mundo y de la vida que se extiende a lo largo de la historia en estrecha conexión con las religiones, las creaciones artísticas y el pensamiento metafísico. Anteriormente a Bruno, nos encontramos que los últimos filósofos jónicos, Jenófanes, Heráclito, Parménides y los estoicos habían sentido al mundo y a la vida de un modo semejante al pensador italiano; y posteriormente vemos cómo Spinoza, Shaftesbury, Goethe, Schelling, Hegel y Schopenhauer han seguido su tradición.

Esta concepción del mundo tiene su raíz última en una actitud vital contemplativa, intuitiva, artística o religiosa, a través de la cual se ensancha y enriquece nuestro sentimiento vital y culmina en la vivencia de una simpatía universal en la que el sujeto se siente **uno** con la conexión divina de las cosas y religado, emparentado así, a todos los miembros de esa estructura universal. En este estado de ánimo se disuelven todas las contradicciones y disonancias de la vida en una armonía universal de todas las cosas.

La meta del hombre, es así, en esta concepción, alcanzar esa última, hermosa y feliz unidad, a través del sentimiento, la inteligencia o la acción, es decir, a través del arte, la metafísica o la religión.

BIBLIOGRAFIA

"Tres Filósofos del Renacimiento", Rodolfo Mondolfo (Edit. Losada).

"Giordano Bruno". .Ricardo Hönigswald (Ls Grandes Pensadores. Revista de Occidente).

DISCUSION

SR. OTTO JAHKEL: Doctor, dos preguntas me interesan mucho. La primera, las polémicas que tuvo Giordano Bruno en la Sorbona de París, por las cuales tuvo que salir huyendo a Alemania; y la segunda, qué importancia tuvo ya al final del Renacimiento, aquel libro de él: "La Bestia Triunfante", por el cual la Iglesia lo engañó y lo trajo a Italia y lo quemó en Roma, a finales del siglo XVI?

DR. MAÑACH: Ya yo sabía que alguien iba a hacer alguna de esas preguntas, por eso es que me adelanté a invitarlos.

DR. TORROELLA: Bueno, pues le voy a responder con mucho gusto, porque me va a dar una oportunidad de redondear un aspecto de esta charla.

DR. MAÑACH: Me perdona, Dr. Torroella. Voy a aprovechar esta oportunidad para protestar de que se use en Cuba tanto la palabra "charla" por "conferencia". "Charla" sugiere el cotorreo sin sustancia. Llamar charla a una conferencia es sencillamente humillante. Perdóneme Torroella que todavía me sienta un poco maestro suyo; pero me parece injusto que él llame charla a su propia conferencia excelente.

DR. TORROELLA: ¡Muchas gracias, doctor! Bueno, voy a empezar por la referencia al proceso en el tribunal romano, que es la última referencia que usted hace. El proceso de Bruno tiene dos etapas. La primera es la del proceso en el Tribunal Véneto; la segunda en

el Tribunal Romano. La primera etapa del procesamiento de Bruno, que surgió en 1592, fué hecha por un discípulo suyo que estaba resentido porque él aspiraba a que en las clases que daba Bruno, se le enseñaran ciertos secretos mágicos. Por resentimiento y venganza, acusó a Bruno ante el Santo Oficio en Venecia. Se le siguió el proceso en esa ciudad, Bruno se defendió usando el argumento de la doble verdad, el criterio de la doble verdad: la verdad natural, que es la que explica la Filosofía, y la verdad sobrenatural, que es la que explica la Biblia o la religión. Pero, él estaba dispuesto a retractarse, a abjurar respecto de la parte herética que hubiera en su filosofía. Había demostrado el año anterior su deseo de ingresar en el catolicismo, porque él a quien combatió más fué al protestantismo. Al llegar al punto en que él deseaba abjurar y retractarse de aquellos aspectos de herejía teológica, el proceso iba a terminar con una solución favorable para él; pero entonces el Papa lo reclamó insistentemente en Roma, y el proceso, que tenía la posibilidad de terminar rápidamente en Venecia, se traslada a Roma y allí se le complica la vida a Bruno, porque duró siete años entonces. Las acusaciones que le hicieron en la etapa romana del proceso fueron cuatro: dos herejías teológicas y dos herejías filosóficas. Las herejías teológicas que se le imputaban eran contra el dogma de la Transustanciación y de la Trinidad, y las dos herejías filosóficas se venían a resolver en su afirmación de la multiplicidad de los mundos. Bruno, mostrando su criterio de que la religión tiene un valor moral y práctico, estaba dispuesto a abjurar, y así lo indicó, respecto de las dos herejías teológicas; pero donde se mostró resueltamente firme fué en sus afirmaciones filosóficas. El tribunal romano, más riguroso que el Veneto, no se conformó con la retractación de sus herejías teológicas, sino que insistió en que Bruno también tenía que abjurar de sus convicciones filosóficas, y aquí es donde resalta el valor extraordinario que tuvo Bruno, porque defendió su opinión filosófica inclusive, hasta arrostrar la condena de la hoguera. El temor o la preocupación que tenía el Tribunal romano era que estimaba que la afirmación filosófica de la multiplicidad de los mundos entrañaba un perjuicio teológico en el sentido de que no veían cómo los ángeles podían multiplicarse para dar abastecimiento a esa multitud ilimitada de distintos planetas. Hoy en día, la religión acepta como un hecho la multiplicidad de los planetas, de los mundos; pero entonces no se veía así. Se creyó que era comprometer al dogma religioso afirmar la existencia de mundos ilimitados, y por sostener Bruno esa idea con convicción y valentía extraordinaria, fué por lo que murió en la hoguera.

DR. MANUEL DE LA MATA: Yo supongo, que el Dr. Torroella ha hecho sencillamente una exposición, no compartiendo, por lo menos en muchos aspectos, la posición de Giordano Bruno. La pregunta mía sería sencillamente, ¿qué valor actual puede tener la exposición de las

teorías de Giordano Bruno? Al hacer esta pregunta, estoy pensando en varias cosas; son fundamentalmente estas dos. La primera, el sentido finito que tiende a darse actualmente al Universo, a través de las observaciones con el telescopio de Monte Palomar, de 200 pulgadas, con lo cual parece llegarse a la conclusión de que el espacio no es infinito, sino finito. En este sentido, mientras no se demuestra, lógicamente son teorías, pero estas teorías parecen contradecir la posición de Giordano Bruno y entonces en el sentido panteísta, en el cual se enlaza lo infinito de Dios con lo infinitivo del Universo, caería por su base toda la exposición de teorías que se hace posteriormente. Por otra parte, la Iglesia tiene todavía incluído en el índice el libro de Copérnico que señalaba el sistema heliocéntrico. Por tanto, todavía lo podrían quemar vivo en este momento.

DR. TORROELLA: Le voy a responder. En primer término, las afirmaciones científicas que provienen de las observaciones del telescopio del Monte Palomar, vienen a través del método científico. Bruno no hizo ninguna afirmación que proviniera a través de ese método, sino simplemente son afirmaciones metafísisas que proceden de una intuición metafísica. El no emplea en su filosofía el método científico que emplearon otros contemporáneos suyos. Su afirmación tiene un valor de intuición metafísica, artística, que no pretende demostrar a través de métodos científicos de observación y de experimentación. Por lo tanto, tiene la vigencia que tienen todos los sistemas filosóficos de un contenido emocional, intuitivo, artístico, y que no se pueden demostrar ni verificar por la vía científica, por una simple razón: que no se establecieron por esa vía. Solamente a través de la vía, por la que se elaboraron se pueden refutar, que es la intuición artística, metafísica, religiosa.

DR. MANUEL DE LA MATA: Este es el problema que yo le planteaba: Un establecimiento de carácter metafísico, al entrar en contradicción con un principio experimentalmente demostrado, demuestra que la tendencia de vuelta a la metafísica, para llevarnos a verdades que la experiencia puede demostrar después que son erróneas, da una prioridad a la razón sobre la intuición y sobre la revelación.

DR. TORROELLA: Bueno, es que no había contradicción en la época en que él elaboró este pensamiento. Había una congruencia entre el ambiente científico y filosófico que afirmaba la infinitud con su sistema metafísico. En la actualidad, no se crea tampoco que hay una sola opinión científica que afirma la existencia de una finitud frente a esa tesis científica que también estima que el Universo es infinito. Así que tampoco hoy nada que esté firmemente establecido. Por una sola razón, creo yo: porque el problema de infinitud o de la finitud del Universo cae en el campo de aquella antinomias metafísicas de que nos hablaba

Kant, que trascienden a la experiencia humana y sobre lo cual siempre uno puede mantener opiniones controvertidas.

DR. MAÑACH: Claro que se podía preguntar, Dr. De la Mata, a estos físicos del Monte Palomar, aquella pregunta que hacía un filósofo antiguo, cuándo se llega al borde del Universo finito, ¿qué es lo que hay más allá? Si se extiende la mano, ¿a dónde se extiende? Una pregunta terrible. El Dr. Gran me dice por lo bajo que le estamos estropeando su conferencia; de manera que vamos a reservar el resto de nuestras curiosidades para el Dr. Gran.

DR. CORSANEGO: Dr. Torroella, ¿en qué fuentes bebe sus inspiraciones más profundas, Giordano Bruno, las que fundamentan su visión del Universo que lo conducen a su mundo ideológico?

DR. TORROELLA: Si se van a establecer las raíces más remotas de su pensamiento, hay que remontarse hasta los últimos jónicos, Anaximandro, Eraclito, Parménides, a los neoplatónicos, a Nicolás Lecusa. Todos ellos eran partidarios de esa doctrina panteísta, que estima que hay una identidad profunda entre la naturaleza y la divinidad, y que el mundo surge de una unidad primitiva, que es Dios, que se despliega, se desarrolla, y emana al mundo concreto, y después se retorna a esa unidad originaria en virtud de un proceso inverso de ascensión a través del conocimiento, del amor, de la conducta. Esa es la tradición en que él bebe su filosofía. Esta misma tradición después resulta usufructuada por la tradición de Schelling, Goethe, Schopenhaur, Heguel, todos estos continuadores de la línea panteísta. No sé si le habré respondido.

UN OYENTE: Dr. Torroella, Ud. ha afirmado que Giordano Bruno, fué un panteísta. ¿No cree usted que es forzar el término afirmarlo categóricamente? En "La Causa, el Principio y el Uno", creo haber leído que uno de los dialoguistas, Teófilo, le dice al otro, Gervasio: "¿Debe existir un mismo ser que en sí no es piedra, ni tierra, ni cadáver, ni hombre? ¿Usted no cree más bien que hubo un sincretismo, muy renacentista, de naturalismo, neoplatonismo y panteísmo en él?

DR. TORROELLA: Bueno, en esa cita que usted me dice, precisamente se destaca el panteísmo suyo; cree que hay un ser que no es nada concreto. El remite entonces a un Ser anterior a toda multiplicidad concreta, del cual Ser proviene este mundo variado. Así que precisamente ahí alude a un principio anterior al desarrollo de las cosas concretas y que es la fuente de eso.

UN OYENTE: Más tarde él afirma que Dios es inmanente y trascendente al mundo.

DR. TORROELLA: Voy a responderle por qué tiene esa contradicción aparente. Es trascendente, en cuanto es naturaleza creadora, potencia infinita, que lo puede crear todo; y es inmanente en cuanto está en el mundo, en el mundo palpable, en el mundo real. Así que,

hay una parte de Dios; hay una parte en la luna también que nos da la espalda y nunca vemos. Es la parte que mira la trascendencia. Esa naturaleza creadora, infinita. Hay otra parte que es inmanente, que mira al mundo; es la que ha creado el mundo, que está en el seno del mundo; y esa contradicción aparente entre un Dios trascendente, que es la naturaleza que crea las cosas, la Creación, se concilia por la doctrina de la unidad o la coincidencia de todos los opuestos en la unidad total.

UN OYENTE: Entonces ese concepto de trascendencia no es el moderno, no?

DR. TORROELLA: No. Es opuesto a la trascendencia católica, la trascendencia de tipo religioso, en el sentido de que la trascendencia de la religión cree que el mundo es una criatura de Dios, creada por Dios y mantenida por la Providencia. En cambio, para el panteísmo de ese tipo, Dios está trascendiendo al mundo, pero al mismo tiempo está dentro de él. Forma parte de ese mundo, que él ha creado también.

Manuel Gran

De Copérnico a Galileo

A Grecia debemos, como en otra ocasión hemos esbozado, los primeros esfuerzos fructíferos en la organización del pensamiento desinteresado; con los griegos nacen y crecen la lógica, las ciencias abstractas, la astronomía especulativa, las primeras observaciones y clasificaciones de los objetos de la naturaleza y la aplicación de los resultados de la matemática a la vida práctica. Son, fundamentalmente, trabajadores del pensamiento, poetas de la abstracción, filósofos de las esencias. No son, en manera alguna, experimentadores, y por esta razón el fundamento de sus razonamientos es el vacío o la mera observación.

El conjunto de sus actividades se desarrolla desde el nacimiento de la escuela de Thales hasta la desaparición de la Universidad de Alejandría.

En lo científico, los romanos son tributarios de los griegos: tanto la ciencia como la filosofía les viene de estos maestros. Son imperialistas, administradores y amantes de la retórica y entre ellos sobresalen literatos, filósofos y retóricos; son además y fundamentalmente médicos, ingenieros, arquitectos y agrimensores de primer orden, esto, es, profesionales, pero no científicos. En su producción escrita son generalmente enciclopedistas que están siempre a caza de milagros y maravillas; son geógrafos con una geografía que tiene cierto carácter de geopolítica. Lo más importante les viene de Aristóteles y Teofrasto, pero como casi todos los imitadores, son muy inferiores a sus maestros. Les falta, sobre todo, aquella elegancia discreta, sobria, prudente y cautelosa que

es propia del libro científico que no es fruto de intolerables pedantería, ni mera exposición de anécdotas y extravagancias.

Lo que sí puede afirmarse es que en ellos fué fundamental la preocupación por la salubridad pública y en esto, como en todo, se destinguen por su temperamento de verdaderos ingenieros más que de científicos. Magníficas y bien conocidas son sus cloacas y los acueductos de que dejaron huella imborrable a su paso. Son, por ejemplo, los primeros que constituyen un cuerpo médico y hospitales gratuítos para el público pagados por el estado. Estas actividades pueden significar un mérito superior a lo científico, pero no son ciencia.

La inspiración les viene de la nueva fe, del cristianismo, que ofrece un mundo en la vida futura, que es el solo mundo mejor posible y hacia él derivan los más finos espíritus quemando etapas hacia el sopor científico de la Edad Media, y a ella va el hombre cansado de una vida práctica, pero incómoda y dolorosa.

La Edad Media abarca un milenio que ha sido fustigado con los más duros epítetos hasta recientes valoraciones, alimentadas de más meditada escrutación, que tienden a reivindicarla, sobre todo en aquellos últimos tres o cuatro siglos que constituyen el bajo medioevo. La edad tenebrosa, como se la ha llamado, ha revelado méritos para ciertos valores espirituales, pero en lo que respecta a la ciencia, sus méritos son nulos, y si bien se analiza, hasta negativos. Su astronomía es Tolemaica, esto es, geocentrista; su física está toda en el Timeo. Los conocimientos centrales están en la Biblia, en la patrística y en Aristóteles. En cuanto a la experimentación, sólo significa trabajo indigno que dice de esclavos y de criados. La Astrología lo penetra todo y, en un lapso histórico, hasta los Santos Padres le atribuyen cierta legitimidad. En el sureste de Persia, se desarrollaba la cultura siríaca y se tradujeron a esta lengua numerosos tratados de ciencia griega; dos siglos más tarde se intensificaron las traducciones al árabe, con una marcada predilección por lo científico. Las obras originales en árabe son casi todas tratados de medicina, pero a ellos se debe el enorme paso de avance que significó la introducción de los caracteres hindúes en el Algebra de Al-Kwarizmi. Entre los siglos IX y X llega a su culminación la actividad que remata con los

españoles Maimónides y Averroes, este último el más brillante de sus filósofos, y cuya influencia en los primeros rebeldes del renacimiento es indudable. La influencia oriental da lugar al nacimiento de la escolástica como una reacción defensiva. La escolástica entretiene con una interminable dialéctica que distrae de toda atención a los hechos y no hay observación científica.

Pero ya no puede mantenerse el equilibrio social y todo se sitúa en un plano inclinado hacia un sentido más humano y real de la vida. En los más fervientes escolásticos como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, apuntan ya los experimentadores más o menos involuntarios, pero en Rogerio Bacon, que se distinguió en óptica, y por sus predicciones, se nos presenta como el primer propulsor de los métodos experimental y metafísico. Ni las premoniciones de este grande hombre, ni la presencia en este período de la figura sobrehumana de Leonardo de Pisa, cuyas ideas desbordaban los límites de su tiempo, pueden suavizar la triste fama de esta edad que desde el punto de vista de la ciencia se considera como una charca inmóvil.

Así las cosas, el pensamiento y la esperanza se orientan, lentamente, hacia otros horizontes más abiertos, hacia climas más propios a la libertad. El alboreo del humanismo, que tiende a la antigüedad, busca en ella las vigorosas alas y el dilatado espacio en que fructificó la cultura griega. Se inicia la repulsa de las traducciones árabes, que se limitan a la producción filosófica o científica, y se acentúa el esfuerzo que remata en el redescubrimiento de la literatura y el arte griego. De ese modo se intimó el contacto con la ciencia y el resultado fué el retorno al espíritu griego con su regocijada actividad por el saber como tal. A ello contribuyó, como uno de los factores más importantes, el invento de la imprenta.

Ya se había esbozado en Averroes la infinitud del tiempo; ahora Nicolás de Cusa propone, por vez primera, la infinitud del espacio. Ambas concepciones son antipáticas a los teólogos, que situaban a la divinidad nespacial e intemporal, más allá de la esfera estelar que fijaba los límites del Universo finito y que había creado este universo en un instante en que se había iniciado un tiempo también finito. La propagación de estas y otras ideas aumentó extraordinariamente el número de estudiosos de entre los

cuales espuma multitud de mentalidades brillantes que hacen progresar una ciencia que empieza a ser democrática. Entre estos estudiosos sobresalientes se destaca en Astronomía Copérnico, hombre que no experimenta nada, observa poco y piensa y estudia mucho, y nos crea su sistema del mundo, heliocéntrico como el de Aristarco, finito como el de Tolomeo, pero mucho más simple y susceptible de una mejor justificación matemática. Pero la resistencia del espíritu humano al movimiento de esta tierra que nos parece tan firme y quieta, dejó ignorado el sistema copernicano y más tarde da a la publicidad Tycho Brahe el suyo, resultado de largos años de observaciones, en que retorna la tierra al reposo y hace girar el sol a su redor arrastrando todos los planetas, con una calidad matemática no inferior al sistema copernicano.

Las investigaciones a base de experimentación y el método de las postulaciones atrevidas, matizan de modo excepcional el siglo que mereció el calificativo de rebelde. La presión de los dogmas inquebrantables en un medio en que son ya numerosos los hombres que leen y piensan, provoca una reacción que repercute en toda la ciencia vigente y crea adeptos a la hipótesis de la infinitud espacio-temporal del Universo, que tiene su raíz en Averroes y culmina en Giordano Bruno. En el Universo infinito que nos bosqueja no hay razón para que la constitución de diferentes regiones sea esencialmente diferente. No hay predio de privilegio para situar la divinidad, y la hipótesis levanta la consiguiente repulsa. Es indudable que cualquiera de las dos hipótesis, espacio y tiempo finitos o infinitos, dan pábulo a consideraciones que nos conducen a un íntimo descontento: la primera sugiere la inquisición de lo que puede hacer más allá del límite: nada, nada absoluta, sin tiempo ni espacio. En la segunda, la carrera sin término que agobia con sólo imaginarla. Es de observar que esta carrera, en lo relativo al tiempo, existe en el dogma que predomina en la época: la vida que sigue a la muerte supuesta inespacial, tiene caracteres absolutos de inmortalidad, es infinita en el tiempo, o posee una intemporalidad equivalente. El progreso de la matemática con el álgebra de Vieta y los logaritmos de Napier y la geometría coordenada de Descartes, dan un vigor inusitado al armamento de la razón y propician la revolución galileo-kepleriana que traza y

construyen el ancho camino por donde había de llegar Newton a su obra de sorprendente coordinación.

Galileo Galilei es una de las primeras figuras científicas de la humanidad, mucho más conocido como mártir y como astrónomo y literato que por su esencial y primaria significación. Pone en vigencia el método experimental aplicándose a un trabajo que se consideraba impuro; interpreta de modo insuperable sus experimentos; utiliza la matemática para simplificar sus razonamientos y generaliza sus resultados y destruye, con la fuerza de estos hechos y de esta razón, los axiomas viejos con vejez de 20 siglos y crea en definitiva la dinámica y la física moderna que en todo lo fundamental seguimos hoy y cuyo valor es imperecedero. Claro es que esto significa el brusco derrumbe de lo erróneo del aristotelismo y que ningún ataque fué para éste tan eficaz y definitivo. Pero no está precisamente en esta característica destructora su importancia trascendental. En la historia de la ciencia como en la de la filosofía no eran nuevos los cambios de unas posturas por otras y de ellos es buen ejemplo el desplazamiento del neoplatonismo, anclado en el Timeo, por la escolástica aristotélica. Pero en todos estos cambios y en lo que atañe a la ciencia, lo imperfecto sustituyó a lo defectuoso, el error al error. Galileo sustituye todos los tanteos de todos los tiempos por los hechos palpables y por una razón que se justifica en todo caso con los nuevos hechos que la ratifican. Transforma el cómodo juego de palabras y la silogística, aplicada a premisas aceptadas a ojos cerrados, por un espíritu inquieto, activo, en cierto modo desesperado por una desconfianza y un descontento que son los motores de toda ciencia que tenga de tal algo más que la petulancia del nombre. Tomando como origen a Galileo, en todos los siglos de pensamiento que tiene su punto de partida en el origen del mundo, no se tienen noticias de un observador que contemple serenamente un fenómeno tan simple y trivial como la caída de un cuerpo. Observadores de genio tan empinado como Hiparco de Nicea, capaces de llegar a comprender e interpretar fenómenos astronómicos tan delicados como la precesión de los equinoccios, no se detienen a contemplar lo que ocurre a su lado. La explicación está en el espíritu poético de los griegos que aplican todo su entusiasmo a la contemplación

de los entes celestiales y todo su pensamiento a las castísimas abstracciones matemáticas, porque, ambas son como la espuma y flor de todo lo creado. Ocurre también que las leyes generales de los hechos físicos que tenemos más a mano, no son las que a primera vista nos parecen, ni están de acuerdo con lo que la costumbre y el hábito nos han impulsado a pensar de ellos. Todo el mundo ve los cuerpos en reposo, condición en que son más fáciles de observar. Todo el mundo ve que si no se les toca, se están quedos; luego, no hay movimiento sin fuerza aplicada. Esto parece absolutamente riguroso y natural. En cambio, todo el mundo ve que si un cuerpo se mueve sin motor, su movimiento decae hasta desaparecer, luego, un cuerpo que no está sometido a fuerza, se detiene espontáneamente. Si miramos al cielo, vemos que el movimiento es perenne; todo el mundo piensa, como resultado de la errónea interpretación cotidiana, que hay un motor o una fuerza y allí, efectivamente, la hay. Pero con fuerza y todo, que sólo los genios pudieron encontrar, su existencia confirmaría la consecuencia de la interpretación del hombre de la calle. Lo que ocurre es que las leyes universales, que son las leyes científicas propiamente dichas, suelen cumplirse en determinadas condiciones límites en que los fenómenos no se presentan y que a su aceptación no impulsa, ni mucho menos, el grueso de los hechos que nos rodean.

Galileo, primer experimentador en la física, es también el primero que emplea las matemáticas, —gracias a la fresca aparición del álgebra—, para abreviar y discutir las leyes generales, expresadas con símbolos con la simplicidad de las condiciones ideales. Pero lo que da más resonancia a su nombre son sus trabajos en Astronomía, no sólo porque atañen a fenómenos y objetos de que todo el mundo está más o menos al tanto, sino porque constituyeron el origen del escandaloso proceso. Aparte del descubrimiento de las manchas solares, de los satélites y de la ley del péndulo, suele insistirse a los escolares, como fundamental avalúo de Galileo, sobre sus procesos y sus penas, al extremo de afirmar que le saltaron los ojos, sin tener en cuenta que todo este asunto está muy discutido y que en lo que respecta a esta última violencia, Galileo fué un observador detenido de las manchas solares sin

protegerse prudentemente los ojos. Dejemos esta polémica de lado, porque no es cuestión para discutir ahora.

La realización práctica del telescopio, en realidad del anteojo refractor, le permite escrutar el cielo por vez primera y comprobar que la luna y otros cuerpos celestes están constituídos de manera semejante a como lo está nuestra modestísima tierra. Su observación de los satélites de Júpiter y la presencia de estrellas en regiones en que no parecía haberlas, impele a presumir ya la extensión infinita del Universo y, en ella, la existencia indudable de otros mundos cuyo número no tiene por qué ser finito. Las hipótesis de Giordano Bruno quedan confirmadas, por lo menos con la provisionalidad que les permite el ulterior desarrollo de la geometría.

Galileo nos da con estos resultados una comprensión meramente descriptiva del universo; Kepler, su contemporáneo, realiza con los cuerpos celestes la obra matemática que Galileo nos dió en la dinámica. El sistema kepleriano es el que estudiamos ya desde la escuela primaria y, en lo matemático y fundamental, es el mismo que nos dió el astrónomo genial. Años y años de cálculos, tanteos y rectificaciones pacientes, en lucha con el error repetido que es connatural del hombre, en busca del milagro de las leyes simples, le conducen en fin a estas leyes que preparan el camino a los futuros creadores de la mecánica celeste.

Lo cierto es que lo más trascendental de la obra de este genio extraordinario que es Galileo, se concentra en el descubrimiento de las leyes de la dinámica a través de la noción de aceleración. Con este descubrimiento crea el principio de causalidad y su secuela que tan extraordinarios resultados nos ha dado y que todavía tiene une enorme poder: la mecanización del mundo y del universo entero, esto es, lo que llamamos ahora el mecanicismo, cuya decadencia está en camino, pero cuya destrucción total no parece grano de anís. No hay duda de que sus resultados conducen a la identidad de todo el universo, que no puede dividirse poéticamente en terrestre y celeste a la manera medioeval. No hay duda de que con los descubrimientos de Galileo se desplomó en su casi totalidad el sistema aristotélico del mundo para no renacer jamás.

En este siglo rebelde, que algunos aconsejan denominar la era galileana, alcanzó su madurez un grupo extraordinario de genios

que difícilmente han de reunirse de nuevo en la tierra. Muchos de estos genios aplicaron los resultados de Galileo a los más diversos campos científicos: su termómetro se utiliza en medicina; Harvey denuncia el movimiento de la sangre, fenómeno hidrodinámico; Boyle estudia las propiedades mecánicas de los gases, y así una serie interminable.

Sobre si esta cimentación mecánica del mundo es buena o mala para el hombre, es cosa a dilucidar en una polémica sobre humanismo o no humanismo, pero los hechos indestructibles están ahí y no es posible, ni se debe, renunciar a ellos. Si el hombre se mecaniza en la proporción en que se desespiritualiza, démosle una educación, no de palabras ni de asignaturas, sino de vivísimos ejemplos, y las nuevas generaciones gozarán de las ventajas que les da la ciencia, al compás de los latidos de un corazón purísimo

DISCUSION

DR. BEGUEZ CESAR: Permítame el Dr. Mañach felicitar al Dr. Gran. Su conferencia es una gran labor crítica. Ha hecho un gran juicio crítico sobre el poder mental de la Edad Media. Pero yo quisiera hacerle una pregunta al Dr. Gran. A su manera de sentir, en Copérnico, en Bruno, en Campanella. ¿hay o no hay originalidad?

DR. GRAN: Bueno, ese problema de la originalidad no es muy fácil de ver. Hay originalidad en todos esos individuos, desde el momento que se atreven a hacer una afirmación rotunda, siquiera sea en forma de hipótesis, en un momento en que todo les es hostil para afirmarlo. Mucho amor deben de tener por sus ideas cuando las afirman; y la prueba de que son nuevas es que provocan una revolución. Así entiendo que se llama original lo que es nuevo para cada época, pero no hay más que originales relativos, y no originales absolutos.

DR. MANUEL DE LA MATA: Reiterando en parte la pregunta, en el sentido de ¿qué valor puede darse a la razón para el hallazgo de la verdad? Sabe el Dr. Gran tan bien como yo, que en estos momentos, quizás la preocupación fundamental que se plantea es qué valor puede darse a la razón en la investigación de la verdad frente al otro sentido de renovación de la metafísica. Por eso la pregunta.

DR. GRAN: La razón, a mi entender, tiene un valor extraordinario como combinadora del impulso de la inspiración y del entusiasmo, que no son exactamente la verdad absoluta. Lo que se llama la creación de los fundamentos de una ciencia tiene como raíz los impulsos de la

postulación; es decir, de inventar las hipótesis adecuadas. Lo difícil en ciencia es crear una gran hipótesis. Generalmente, en todo principio que tenga una trascendencia mediana, es decir, en todo rsultado de trascendencia mediana, tiene que haber una raíz de postulación valiente y atrevida, como se ha visto en todos los casos. Lo difícil es postular. Por ejemplo, la gran postulación, más o menos puesta en claro por Galileo, a mí entender, es el principio de la inercia, al que casi nadie quiere dar valor. Galileo, entendiéndolo bien o entendiéndolo mal, porque casi todos los creadores de las cosas no las han entendido nunca muy bien, usa, sin enunciarlo determinadamente, el principio de la inercia. Entonces, cuando ya se tienen los principios y se han creado las hipótesis, la razón entra a trabajar. Lo otro, a mí me parece, que es más inspiración que razón: más poesía que realidad.

DR. MAÑACH: Cuando el doctor dice que lo difícil es postular se entiende afirmar filosóficamente...

DR. GRAN: Naturalmente, desde luego.

DR. MANEL DE LA MATA: Entonces, debemos de pensar, que cuando se señala que la razón no es elemento o factor suficiente para llegar a la verdad, sencillamente hemos de pensar en que la razón es, hasta ese momento, limitada en el hombre, y que lógicamente no hay que despreciar el instrumento sino comprender las limitaciones que encierra.

DR. GRAN: Bueno, yo tengo una gran admiración por la razón, me siento un poquito en la Revolución Francesa también. Lo que yo creo es que no es la razón sola la que trabaja. El espíritu humano es un complejo extraordinario. La razón es elemento importantísimo, pero no es el único. Se trata de saber si al postular se emplea la razón o se emplea la inspiración. Es una cuestión en que yo, naturalmente, no me atrevería a armar polémica. Creo que no llegaríamos a nada. La cuestión es saber si esa inspiración que postula es algo impulsado por la razón o es una manifestación de la misma razón, o no es la razón.

DR. MANUEL DE LA MATA: La verdad es que no ha sido mi intención crear una polémica, sino realmente robustecer la posición que ha venido manteniendo en distintas oportunidades, a través de los alegatos muy interesantes del Dr. Gran. Muchas gracias.

DR. GRAN: Quisiera decirle todavía una palabra más, y es que si después de las postulaciones, no le diéramos a la razón más que el valor de lo que sigue, si después de las postulaciones no existiera ella, las postulaciones serían un mero juego de palabras y no conducirían a nada. De modo que la razón corona todo el resultado y lo completa y lo hace útil.

SR. RAFAEL BARRIOS: Dr. Gran, ¿usted no cree que en la Edad Media, Santo Tomás, discutió sobre la infinitud del mundo, al afirmar de que se podía creer que Dios había creado ad-eternum el Universo,

sin que fuera contradicción teológica? ¿Usted no cree que esa cuestión se debatió intensamente en la Edad Media, al Santo Tomás tener que argumentar sobre ello?

DR. GRAN: En la Edad Media se debatieron muchísimas cosas. Precisamente una de las características de la Edad Media, sobre todo en su final, en la escolástica, donde predominaba mucho Santo Tomás. Aunque eso no es mi fuerte, ni mucho menos, por simples lecturas con el rabo del ojo, me parece que Santo Tomás fué uno de los líderes de la escolástica. Lo que pasa es que era un hombre de gran genio, y también estuvo al borde de que lo pudieran haber quemado si se descuida.

SR. MANUEL CODINA: Señor, yo quiero hacerle una pregunta de algo peculiar. La pregunta dice así: ¿Por qué —ese es un concepto propio, sabe?, pero yo quiero que usted me conteste con un concepto propio también— ¿por qué si la ciencia hace que se persiga un principio, hay tantos seres que no quieren ver ese principio? ¿Es que acaso tienen miedo de conocer un Ser superior?

DR. GRAN: Yo cro que más que miedo, lo que tienen es haraganería. En esto de la ciencia hay que tener un motor de entusiasmo y vencer todas las resistencias posibles, y la mayoría prefiere ir al cine y todo eso, a andar pensando. Mucha gente, pues, admite una hipótesis y vive con ella cómodamente; hasta le molesta que se las cambien. Es más, hay individuos que cuando les cambian una hipótesis, le pegan candela a la gente, y no precisamente por cuestiones religiosas, no. Hay muchos más enemigos de lo religioso que religiosos. Sobre ese tema hay que discutir mucho. No creo yo que los mayores enemigos de los pensadores hayan sido religiosos. Ha habido también los odios y la antipatía y el terror que la gente le tiene al tipo científico, que es un tipo asertivo, que generalmente molesta a todo el que habla con él, porque el talento, amigo mío, el talento es una cosa que estorba mucho, molesta mucho.

DR. CORSANEGO: Dr. Gran, ¿Cree usted que el enorme crecimiento del conocimiento científico natural produce una inocuación en el pensamiento religioso?

DR. GRAN: Una ¿qué?

DR. CONSANEGO: Una inocuación: que lo hace inocuo. Una inocuación en el pensamiento religioso, como piensan muchos filósofos de oficio, o por el contrario, como estima el que formula la pregunta, ¿proporciona éste una libertad de movimientos como nunca, como jamás haya disfrutado?

DR. GRAN: A mí me parece que hay un diferente enfoque de la cuestión. Lo religioso no es un pensamiento, es un sentimiento; y el error que me ha parecido a mí, aunque yo de estas cosas no entiendo

mucho, es que la Humanidad ha medido estas cosas como si fueran de la misma categoría, el conocimiento científico de la investigación, el saber, la predicción de las leyes, el mejorar la situación del hombre o empeorarla, con una cuestión de sentimiento y de espíritu. Para el que tiene un espíritu religioso, todas las cosas nuevas se lo refuerzan, porque ven en ello más la grandeza de Dios, la perfección de la obra, la elegancia de los resultados, la ventaja y la comodidad de los resultados; y el que no lo tiene, pues niega todo eso, porque es una cuestión de sentimiento, y no de A más B.

SR. CORSANEGO: Yo respeto muchísimo, desde luego, esa manera de pensar y de sentir del Dr. Gran; pero estimo que la religiosidad es sentimiento y pensamiento y hasta voluntad; es una recomposición de todas esas tres fuerzas que definen, en un momento dado, la plenitud del ser, que lo hacn participar del Ser supremo.

DR. GRAN: Pero, a mí entender, es fundamentalmente sentimiento. La religiosidad es un querer, es un deseo, es un apetito de vivir indefinidamente. Es un amor tremendo por no perder la vida.

DR. CORSANEGO: Bueno, ya que el Dr. Gran me propicia la oportunidad de continuar, yo con mucho gusto voy a ponerme a esa labor. El, en definitiva, no me ha respondido la pregunta.

DR. GRAN: Bien, pues venga la pregunta.

DR. CORSANEGO: Si el enorme crecimiento de nuestro conocimiento científico espiritual obsta al afán del hombre por cavar en los misterios de la naturaleza, para llegar a un conocimiento positivo de Dios, mediante la razón. Si eso dificulta, como piensan los filósofos de oficio, una articulación de ese pensamiento religioso a la humanidad.

DR. GRAN: Bueno, yo le voy a decir ahora lo que yo pienso de eso. Lo que pienso no es una respuesta absoluta a una cosa que no se puede responder en absoluto. Las mismas alternativas y cambios continuos de la ciencia refuerzan el sentimiento religioso, que se cobija en algo que cree superior a la ciencia. Por consiguiente, el hecho de que la ciencia esté continuamente cambiando y contradiciéndose en muchos casos, como tiene necesariamente que ser, en los temperamentos religiosos refuerza ese temperamento. En los que no lo son, quizás se cree; en otros, quizás se pierda. Pero yo no creo que haya una respuesta absoluta.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

QUINTO CURSO:

OCTUBRE 1950 A NOVIEMBRE 1951

"LA HUELLA DE LOS SIGLOS"

PROGRAMAS DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

XXV Abril 1º	a) La formación de los Estados modernos. b) La burguesía y los banqueros.
XXVI Abril 8	a) Lutero y la lucha de la Reforma. b) Carlos V y la Contra-Reforma. Loyola.
XXVII Abril 15	a) La España del Siglo de Oro. b) La Conquista de América.
XXVIII Abril 22	a) Cervantes y su España. b) Shakespeare y la época isabelina.
XXIX Abril 29	a) Francisco Bacon y la experiencia. b) Descartes: el descubrimiento de la mente moderna.
XXX Mayo 6	a) Las rivalidades imperiales. b) El Derecho de Gentes.
XXXI Mayo 13	a) Los clásicos de la literatura francesa. b) El Barroco.
XXXII Mayo 20	a) El Siglo del Rey Sol. b) Hapsburgos y Borbones en España.
XXXIII Mayo 27	a) Isaac Newton y la ciencia nueva. b) El imperio de la Razón.
XXXIV Junio 3	a) Aurora del liberalismo en Inglaterra. b) La Revolución de las colonias inglesas.
XXXV Junio 10	a) Voltaire y Montesquieu. b) El sembrador Rousseau.
XXXVI Junio 17	a) La Revolución Francesa. b) Napoleón, el corso genial.
XXXVII Junio 24	a) España decapitada. b) Bolívar y la independencia iberoamericana.
XXXVIII Julio 8	a) La Revolución industrial. b) El romanticismo.
XXXIX Julio 12	a) La gran música preromántica. b) Kant: el viejito de Koenigsberg.
XL Julio 15	a) Dos grandes sordos: Beethoven y Goya. b) El imperio de Goethe.
XLI Julio 22	a) Bryon y Walter Scott. b) Balzac y Víctor Hugo.

XLII **Julio 29**	a) Waterloo y la Santa Alianza. b) Doctrina de Monroe y el "Destino Manifiesto".
XLIII **Agosto 5**	a) La prosperidad de las ciencias. b) El positivismo.
XLIV **Agosto 12**	a) Los movimientos del 48. b) El Manifiesto Comunista.
XLV **Agosto 19**	a) Darwin y los rumbos del pensamiento. b) El evolucionismo y Spencer.
XLVI **Agosto 24**	a) El genio de Wagner. b) Nietzsche y el vitalismo.
VLVII **Sept. 2**	a) La Guerra Civil de los Estados Unidos. b) El proceso de Hispano-América.
XLVIII **Sept. 9**	a) Prusia y Bismarck. b) La Rusia de los Zares.
XLIX **Sept. 16**	a) Africa y la expansión imperial. b) La India y el Japón.
L **Sept. 23**	a) Pasteur y su tiempo. b) La crisis filosófica. Bergson. James.
LI **Sept. 30**	a) El genio de Dostoyewski. b) El genio de Galdós.
LII **Oct. 7**	a) El "fin de siecle" y su literatura. b) Rubén Darío y el Modernismo.
LIII **Oct. 14**	a) Martí y la guerra hispanoamericana. b) La Guerra boer.
LIV **Oct. 20**	a) Ambiente del Siglo nuevo. b) El mundo de la técnica.
LV **Oct. 28**	a) El capital en el mundo moderno. b) La organización de los trabajadores.
LVI **Nov. 4**	a) La guerra ruso-japonesa. b) El ascenso de los Estados Unidos.
LVII **Nov. 11**	a) La paz armada en Europa. b) La primera Guerra Mundial.
LVIII **Nov. 18**	a) El sueño de Wilson. b) La Revolución rusa.
LIX **Nov. 25**	a) Freud y la nueva Psicología. b) Picasso y la revolución en las artes.
LX **Dic. 2**	a) Ambiente de la primera post-guerra. b) Las derechas extremas. Mussolini y Hitler.
LXI **Dic. 9**	a) El caso Roosevelt. b) La Segunda Guerra Mundial.
LXII **Dic. 16**	a) Estela de la Segunda Guerra Mundial. b) Ante la Era Atómica.

Los doctores comprueban que el Jabón Palmolive dá, a 2 de cada 3 mujeres,

un cutis más lindo en sólo 14 días

HE AQUI EL PLAN QUE LOS DOCTORES HAN PROBADO:



1 Lávese la cara con Palmolive durante 14 días.

2 Con la espuma de Palmolive dése un masaje-fricción circular de 60 segundos. A la hora del baño, déselo con una toallita.

3 Haga esto tres veces al día si su cutis es grasiento y dos veces si es seco o normal. Así proporciona a su cutis el máximo de la acción embellecedora del jabón Palmolive.

PALMOLIVE

CONSERVE SIEMPRE UN LINDO CUTIS DE COLEGIALA

P-1-A

Una gran obra que interesará a los lectores de estos Cuadernos



SANGRE Y SEXO

Por el profesor Gustavo Pittaluga

6.00

"SANGRE Y SEXO -dice en el prólogo el profesor Pittaluga, autoridad indiscutible en la materia- son para mí dos temas que guardan su jerarquía al fundirse en un estudio de sus relaciones en el organismo humano y en la persona -esto es, en un ser cuyas actividades, supeditadas a las necesidades orgánicas, están regidas por la mente, gobernadas por la razón, arrastradas a veces por la pasión, exaltadas o deprimidas por la emoción, sublimadas por el amor".

Sección de Librería
Planta Baja.





Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.